

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Advertencia.—A los periódicos de la corte.—Fenómenos de actualidad. Los espíritus y la ebanistería.—Teatro Principal.—Costumbres madrileñas, por V. Martínez Muller.—Geroglífico.

ADVERTENCIA.

Los Sres. suscritores y comisionados de provincias que han enviado sus notas en los últimos días del plazo fijado para obtener el regalo que ofrecimos, no deben extrañar que muchas de las obras que indican sean reemplazadas por otras de su mismo valor, en atención á que el excesivo número de nuevas suscripciones de Cádiz y sus inmediaciones, nos ha dejado inhabilitados de poder complacer á todos, como quisiéramos.

A LOS PERIODICOS DE LA CORTE.

Tenemos una especial complacencia en consignar aquí un testimonio de gratitud á los muchos periódicos de Madrid que han honrado el nuestro con alabanzas y encomios, hijos de su indulgente benevolencia hacia un antiguo cofrade. En la imposibilidad de expresar á cada uno en particular estos sentimientos, rogamos á todos acepten esta manifestación sincera y cordial de los que nos animan.

FENOMENOS DE ACTUALIDAD.

LOS ESPIRITUS Y LA EBANISTERIA.

Dícese que el mundo progresa, en lo
ENERO.

cual hay mucho que hablar, y sea dicho esto con perdon del siglo que á sí propio se ha dado el modesto título de sabio y de inteligente. Ciertamente que es que tenemos vapores, y ferro-carriles, y telégrafos eléctricos, y otras dos ó tres cosas más; pero en cambio las artes no han vuelto á tener un Fidias ni un Praxiteles, la tribuna un Demóstenes ni un Cicerón, la arquitectura tan soberbias moles como las del Egipto ni tan colosales obras como las del imperio romano, la poesía una Iliada ni una Eneida. Hasta el arte culinario, con ser este siglo tan material y tan dado á goces estomacales, ha perdido el secreto de las salsas de Cleopatra, de los platos de Lúculo y del escudo de Minerva de Heliogábalo.

En otra serie de ideas el mundo no ha hecho otra cosa que tomar y dejar alternativamente. Ha sido el flujo y reflujo de los mares. Ha sido la culebra mordiendo la cola: vuelve á empezar en el punto en que termina. El siglo décimo octavo, el siglo filosófico por excelencia, al destruir el trono de los Capetos no halló en su sabiduría otra cosa que sustituirle sino la república de Atenas ó de Roma; y la Francia creyó haber tocado al término de la felicidad quitándose los calzones para vestir la toga. Por último, en inferior escala ¿qué es el orondo ahuecador de nuestras damas de hoy sino el tontillo de sus abuelas?

Una prueba viva, ó como se dice ahora, *palpitante*, de lo que acabamos de decir, es la creencia en trasgos, en duendes y en espíritus foletos, de los que trató largamente el Padre Fuentelapeña en su *Ente dilucidado*, los cuales después de que vinieron á

quedar para asustar chicos en cuentos de viejas, hoy día de la fecha, y merced á las luces de este siglo despreocupado, pugnan por volver á sacar la cabeza por entre las patas de un palanganero, al cual, para mayor autoridad del mueble, se le dá el pedantesco nombre de *trípode*, en recuerdo y por vía de afinidad con el de la pítia del templo de Apolo. A aquel se le prestaba entonces la misma fé que hoy se presta por algunos á su homónimo; lo que demuestra que el género humano no ha adelantado una pulgada de tres mil años acá. El antro de Delfos y el palanganero confeccionado en las ebanisterías de Jimenez ó de Reimundin son la misma cosa, y es seguro que mientras haya hombres y mujeres en el mundo habrá, como ha habido siempre, gentes que lo creerán todo, excepto lo que debieran creer.

Y aquí se nos viene á las mientes una observacion que confirma nuestro aserto. La pítia, esto es, la principal sacerdotisa de Delfos, la que pronunciaba aquellos célebres oráculos, era precisamente vieja. Véase pues como vamos volviendo á los cuentos de viejas, segun dijimos arriba. ¡Y hay todavía quien sostiene que progresamos, que sabemos mucho!

Que una mesa, que un mueble cualquiera gire mediante ciertas operaciones, que alce y baje sus piés alternativamente y á compás, que baile si se quiere el fandango ó la polka-mazurka, pase: ese es un fenómeno que la ciencia y la razon no deben rechazar *á priori*. Pero que esos mismos muebles discurran, y que hasta hablen la gerigonza de ciertos sistemas que no tenemos necesidad por ahora de nombrar, esa sí que es píldora de tal calibre que no pasa por todos los tragaderos.

Mas puesto que los hay, y á docenas, digamos algo del fenómeno tal como nos le dan los mismos que en él creen; que en este punto ni quitamos ni ponemos rey.

Los palanganeros no hablan por temor de asustar á la gente, pero se sirven de señales como los telégrafos. Estas señales son de pura convencion, y consisten en cierto número de golpes dados con los piés, á

la manera con que cada vecino de una casa de diferentes pisos señala por el número de aldabonazos aquel en que habita. Este es un modo de hablar á golpes, que sin duda sirvió de modelo á los que han hecho deletrear á los trípodes. Quede pues consignado como primer fenómeno de este fenómeno que los espíritus se espresan á coques.

La segunda circunstancia es que hablan todos los idiomas, y que los espíritus lapones, polacos y manchegos, no solo responden todos igualmente en castellano, sino que tambien hacen muestra de vez en cuando de sus conocimientos en las lenguas vivas y muertas. Un palanganero despues de sobado se convierte en torre de Babel.

La tercera observacion, y la que debe ser mas meditada, es que los espíritus, aun en los casos en que no están de broma, no dicen nunca nada que importe á nadie en particular; puesto que los creyentes mismos afirman que no contestan á preguntas que se refieran á "especulaciones mercantiles, descubrimientos de minas, premios de loterías, etc.; y si lo hacen son embusteros y malos." Y ahora preguntamos nosotros: ¿si se entra confesando que hay espíritus embusteros, en qué se conoce que hay otros que dicen verdad? Pregúntese por ejemplo, al espíritu Fulano cuantas monedas tiene Mengano en el bolsillo, y supongamos que son doce. Cuéntanse, y se halla que eran cuatro. En diciendo que aquel espíritu es embustero se sale del paso sin desacreditar la *ciencia*.

¿Pero si no dicen nada que importe, qué es entonces lo que dicen? Oh! grandes cosas! Como esta verbigracia:

"¿Ese infierno es el lugar de los condenados?"—Contestacion: "Dios es bueno."

¿Han quedado ustedes enterados? Pues lo celebramos infinito. Es como si le preguntásemos á uno: "¿Cómo está su señora de V?" y él nos respondiese: "Los dineros del sacristan cantando se vienen y cantando se van."

Vayan otras muestras del librito.

"¿Lo pasas bien ó mal?"—"Como to-

dos. "—¿Hay medio de pasarlo bien?"—"Sí."—"¿Cual?"—"La felicidad."

Es decir, que para pasarlo bien lo que se necesita es ser feliz. Al espíritu del palanganero debió de quedarle la mollera vaneando despues de semejante respuesta. Este sin duda era el espíritu de Pero Grullo.

Y sigue: "Desde el tiempo de Julio César se hacen grandes levantamientos en la via láctea. Para socorrer á los turbillones una columna se dirige sobre nuestro sol á marchas forzadas. Dista de nosotros trescientos años de camino. No se ve porque viene empavesada de mate, pabellon de marcha, con supresion de toda órbita para atravesar con prontitud el desierto en que está empeñada."

¡No es nada lo del ojo! La columna de tropas levantadas en la via láctea como si dijéramos, la columna de Riego en 1820; necesita la friolera de dos mil y doscientos años para llegar hasta el sol, y eso que abandona la órbita, es decir, la carretera, para tomar por la trocha á fin de caminar con toda diligencia y á marchas dobles. Por lo visto en el desierto celeste se viaja en carreta segun la prontitud. De aquí se deduce que los espíritus no conocen los ferrocarriles. ¡Y luego nos quejamos en España de nuestros medios de comunicacion!

Dejemos esto por hoy, que todo se andará si á ello se nos fuerza. Al leon se le conoce por la garra, y ya hemos hecho que enseñe una punta. Es lo muy bastante para formarnos idea del cuerpo entero.

No nos hemos propuesto tratar la cuestion en serio: no lo merece segun nuestras convicciones; y por tanto estamos persuadidos de que sin atacarla con otras armas ella caerá en el mas profundo olvido, y caerá por sí misma. Tal ha sido la suerte de todos los delirios y de todas las alucinaciones; y en nuestra opinion esta lo es, por mas que hagamos justicia á la buena fé de algunos, no de todos, de los que toman parte en semejantes manoseos.

F. F. A.

TEATRO PRINCIPAL.

Un periódico de la plaza ha manifestado que se prepara una funcion á beneficio del Sr. Lubet, maestro director de música en aquel teatro, funcion que probablemente se egecutará en la próxima semana. Parece que tomarán parte en ella el Sr. Boldun y sus graciosas é inteligentes niñas, y asegúrase tambien que se ha procurado y aun conseguido dar notabilísima variedad al espectáculo. Cantaránse algunas canciones del referido maestro, cuya letra ha sido escrita al efecto por una persona muy competente, y cuyo nombre no nos es permitido revelar aun, pudiendo augurarse que el todo de la funcion corresponderá al merecido crédito que como profesor goza el Sr. Lubet en esta ciudad, donde son muy conocidos y apreciados sus talentos.

De esperar es que el público le favorezca con su asistencia, dando esta prueba mas de las simpatías que el dicho artista se ha logrado conquistar durante el breve espacio de tiempo que ha que mora en Cádiz.

F. F. A.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

LAS VUELTAS DE SAN ANTON.

Voy á pintaros la fiesta
que llaman en español,
porque dan vueltas los machos
las vueltas de San Anton.
Fuí yo una tarde á observarla
con mi hermosa Leonor,
que estar quiere en todas partes
por parecerse algo á Dios.
Colgándose de mi brazo
como del techo un jamon,
hízome dar por la villa
mas brincos que daba Auriol.
Y de la *Red de San Luis*
me encajó en otra peor
en la calle de Hortaleza,
la reina de la funcion.
Allí me ví mas cercado
que en su concha el caracol,
y allí pasé mas ahogos
que un tísico en su afliccion.



Yo sudaba como un pollo
y me asaba como arroz,
aunque era un día de Enero
capaz de helar el carbon.
En toda aquella carrera
tanto mi cuerpo sufrió
que para mí fué un segundo
camino de la pasión.
Como siempre anda la risa
mezclada con el dolor,
algunos cómicos lances
calmaron mi indignacion.
Y lo que ganarse puede
es tan poco, voto á Brios,
que es... ver machos, los que á miles
se ven con frac y albornoz.
Sobre uno que por lo endeble
pesaría un cuarteron,
aun pesado con las mañas
que usa todo vendedor,
un curro de Maravillas
la carrera paseó,
creyéndose el muy *Babieca*
otro Cid Campeador.
Tomó en el templo del Santo
de cebada una racion,
y por la próxima calle
á dar la vuelta marchó.
Vino despues un Don Lindo
sobre un caballo troton,
locas monadas haciendo
porque le viera su amor.
Y ella presa y estrujada
hallábase en un balcon
sin poder mostrar al mozo
de su cara el arrebol.
Con chillonas campanillas
y con lazos de color,
caballero en una mula

un pazgnato apareció.
Tomó cebada bendita
con grandísimo fervor,
y feliz ya con el pienso
partiósese de allí veloz.
Tras este sobre una jaca
otro tal se presentó;
jaca que de solo verla
una jaqueca me dió.
Pasaron otros y otros
que no te pinto, lector,
por no causarte el mareo
que á mí todo me causó.
Por templar algo mi murria
quise darme un atracon
de *panecillos del Santo*
que me brindaba una voz.
Y ni á fuerza de gestiones
pude hacer la digestion,
que con sendos adoquines
mi estómago se empedró.
No inventára el mismo Heráclito
mas insulsa diversion,
y aquí ceso arrepentido
de ser su alegre cantor.
Que cantar fiesta tan mala
es, en mi *rica* opinion,
mas propio que de un poeta,
del cerdo de San Anton.

V. MARTINEZ MULLER.

Solucion del geroglífico anterior.

Las mujeres no se ocupan seriamente sino
de sus trajes y placeres.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica.



Ayuntamiento de Madrid

LA MODA.

LETRILLA.

Pues reina la MODA en Nápoles
y en Inglaterra,
y en la corte y el páramo
y en paz y en guerra,
fuera de la ley declaro
al animal tosco y raro
que al *fiat* no se acomoda
de la MODA.

Solo un caribe de América
negar osara,
sacra diva estrambótica,
preces al ara
donde imperas disoluta...;
quiero decir absoluta.
Do quier se alza una pagoda
á la MODA.

Ni es de hoy la invencion diabólica,
digna del Draque,
de ese rival del *omnibus*,
del *miriñaque*
(poco es llamarle pollera),
que á una poblacion entera
con su balumba incomoda...
porque es MODA.

Tambien allá *in illo tempore*
hubo *tontillos*,
que á los galanes jóvenes
currutaquillos
aquel nombre traspasaban:
es decir, que *tonteaban*,
como hoy la pollada toda
de la MODA.

Pero al menos de aquel cuévano
los accesorios
dulces daban al ánima
cien purgatorios.
Ninones y Pompadures
no escondian sus albures;
melindres de dueña goda
no eran MODA.

Ya, barriendo polvo y cáscaras
por esas calles,
miden cuatro kilómetros
FEBRERO.

desde los talles
las faldas de rica tela,
y la linda damisela
gallardamente se enloda...
porque es MODA.

Cómo! ¿ya no tienen mérito
para Cupido
ni la cadera mórbida,
ni el pié pulido?
Pase el abultar la nalga;
pero ¡suprimir la galga!...
Yo creo que está beoda
doña MODA.

No á guisa de viejo, domine
que hostiga el asma,
reniego yo del ídolo
que os entusiasma.
No soy, niñas, tan estulto.
Ríndase en buen hora culto
hasta en Tembleque y en Roda
á la MODA.

Pero haya un poco de cálculo
y de chirúmen.
No os hagais ciegas víctimas
del ciego núnen.
Nada perderán las bellas
(el por qué lo saben ellas)
aunque entre un poco la poda
en la MODA.

Para alguna que á neófitos
de poco fuste
prenda en sus redes pérfidas
con tanto embuste,
muchas infunden sospechas
de zambas y contrahechas;
¡muchas se quedan sin boda
por la MODA!

Ah! no al desenfado bético
que nos recrea
un figurin exótico
rémora sea;
y la que hoy ruda letrilla
con ruibarbo y con guindilla,
será mañana una oda
á la MODA.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Avaricia Largueza.

SEGUNDA PARTE.

I.

OROS SON TRIUNFOS.

La hija de Eva había mordido la manzana.

A. DUMAS.

Nada comparable al buen humor que reinaba en la mesa del marqués de Bengala el día de San Isidro.

A pesar de ser ya bastante tarde cuando empezaron á tomar la sopa, el marqués comía, bebía y reía con una satisfacción indecible, ofreciendo finezas á Matilde y copas de Burdeos y Champagne al vizconde de Santa Marta, que ocupaban la cabecera de la mesa.

Enfrente del vizconde había un sillón vacío, y sobre la mesa el servicio correspondiente á una persona que se aguardaba.

—Vizconde! decía el marqués ofreciendo al primero una nueva copa hirviente y bulliciosa como un surtidor de plata: referidnos alguna nueva maravilla de ese gran coloso de oro preferible al de Rodas.

—¡Ay, amigos míos! ¿Qué os puedo yo referir que iguale á la realidad? El Nabad, es un hombre como suele decirse á la antigua: fuma en pipa oriental incrustada de pedrería.... pero al fin, en pipa; gasta pantalón y caramañola del año de ocho, y hasta mistris Souphanton es algo antigua en su atavío; ¡pero qué lujo interior! ¡qué alfombras de Persia legítimas! ¡qué vajilla de oro! ¡qué confort!

—El Nabad, insinuó Matilde con sarcasmo, tiene una semejanza perfecta con el elefante.... ¡qué resoplido! ¡Dios mío! ¡y qué manos de comerciante! ¡Jesus! Aunque anochece me daba miedo.

—Oh! pues si conociérais á fondo á la señorita Fanny, marquesa, os juro que la confundiríais con una aristócrata de raza pura; ¡qué cutis de raso! ¡qué manos redondas y perfumadas! Como que nunca ha sabido lo que es tomar una aguja entre los dedos.... y luego, un ángel, marquesa, un tesoro de diez y ocho años con veinte millones de dote!

—¡Veinte millones de dote! exclamó el marqués poniéndose de pie como si le quisiesen robar aquel tesoro.

—Veinte millones, amigos míos, y además un tesoro de joyas comparable al de la corona; un

mundo de diamantes, brillantes, zafiros, amatistas, rubíes, ¡qué sé yo!

—Ay! ay! exclamó el marqués pálido como la cera apoyándose en la mesa para no caer.

—Su cerebro se trastornaba á la idea de una riqueza casi fabulosa.

El vizconde y Matilde se levantaron asustados.

—Nada! no es nada! dijo el banquero levantando la cabeza; quise llevar una cuenta de memoria y no me ha sido posible, mi querido vizconde.... Diez y seis.... treinta y seis.... cuarenta y cinco millones de reales el primer año, que multiplicados por.... ¡Jesus! vizconde.... yo me pierdo en un mundo de guarismos.... uff!!

Y se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

Matilde le escuchaba con la boca abierta, sin comprender una palabra.

—Pero ¿qué significa toda esa batahola, querido?

—Nada, nada; se apresuró á responder el vizconde: es un problema que el marqués se empeña en resolver en vano.... pero hablemos de Fanny Souphanton, marquesita, porque es preciso que sepáis que el Nabad y su hija tienen gran predilección por la aristocracia de sangre.

—De veras? preguntó el marqués agarrando al vizconde por el cuello de la levita, como si temiera que se le escapase.

—Yo lo creo! respondió Matilde con dignidad: todo el mundo desea lo que no tiene.... y como por fortuna la sangre no se compra....

—¿Y qué direis, marquesa, cuando sepáis que los veinte millones de la señorita Fanny no se emplearán mas que en un título de Castilla?

Matilde soltó una sonora carcajada, moviendo la cabeza á uno y otro lado con un gracioso desden.

—Magnífico! exclamó el marqués batiendo las palmas; ¡unir la aristocracia de sangre á la del dinero! ¡dar á la raza noble el poder del numerario.... magnífico!

—¿Y ha de ser también grande de España ese título de Castilla? preguntó Matilde, cortando sus palabras con movimientos de hilaridad que no podía contener.

—No precisamente; basta que sea un título de las primeras familias.

—Já, já, já!

—Os reis, marquesa? le dijo el vizconde con intencion; pues yo os aseguro que mas de un grande se daría por muy dichoso con titularse marido de Fanny Souphanton, y....

—Eso.... eso mismo digo yo! exclamó el marqués interrumpiéndole.

—Oh! oh! qué horror! callad! dijo Matilde tapándose los oídos.

El marqués calló, pero el vizconde como buen amigo se encargó de tomar la defensa.

—Fanny Souphanton es una criatura encantadora, marquesa.... un ángel!

—Oh! sí, bellísima! exclamó el marqués sin poder contener su admiración.

—Y muy graciosa; replicó Matilde con burlona sonrisa, y muy elegante, y muy....

—Eso se toma pronto, marquesa, ¿qué queréis? Es una niña mimada, educada en el retiro, un diamante.... en bruto.

—Fa—mil murmuraba para sí el marqués; qué nombre tan cadencioso! Oh! tiene que ser una señorita tan dulce como su nombre!

—Nunca podrá igualar en dulzura á Julia de Sancti-Spiritus, se apresuró á responder la marquesa.

—Puff! ¿esa rubia sosa, que tiene un exterior tan....

—Marqués! siempre os oí elogiar á Julia con el entusiasmo de un padre.

—No importa, Matilde, no importa; nunca me habia fijado en aquel rubio tan antipático.... Bien dice el refrán: «De aquel pelo ni gato ni perro».

—Ay, Dios mío! ¡Y tú que estabas á punto de volverte loco por la indiferencia que César manifestaba.... Vamos, vizconde, el champagne te ha trastornado el seso.

—Qué rizos! vizconde, qué rizos los de la señorita Fa—mi.... qué rizos de oro!

La marquesa se echó á reír á carcajadas creyendo de buena fé que su marido estaba ébrio: el cabello rubio que acababa de afear en Julia, era digno de elogio en la hija del Nabad.

—¿Y cómo os parecen tan bellos los rizos de oro de la señorita Fanny? ¿Habeis olvidado el refrán que acabais de citar «que de aquel pelo etc.»

—Oh! oh! eso ya es otra cosa, marquesa; el rubio de Julia Sancti-Spiritus, es un rubio fuerte, como si dijéramos «ropimente»; pero el rubio de la señorita Fanny es un rubio angelical, un color de lino, que refleja la pureza de su alma; es....

—Y César? preguntó el vizconde fijando su vista en el asiento vacío.

—Oh! César está hoy de caza en los bosques del Pardo con el de Legarda, el de Montemar, el de Morante.... y qué sé yo cuantos mas.

—Pero todos jóvenes de la grandeza y algunos de ellos compañeros de colegio; añadió Matilde.

—Caprichos de muchachos, vizconde; en un día de S. Isidro tomar la direccion opuesta! Es particular la aversion que mi hijo manifiesta por la sociedad.... no parece mas que un viejo de sesenta años.... La caza, el estudio, paseos á caballo.... una distraccion continua, y sobre todo una completa indiferencia hácia las mujeres.

—Cuando no es posible, vizconde, hacerlo decidirse por Julia de Sancti-Spiritus, que como sabeis traería un nuevo título á nuestra ilustre familia! dijo Matilde con tristeza.

—Bah! melancolías de la edad.... inoculacion del primer capricho! César, marquesita, se resiste á tomar el yugo como hacemos todos: respondió el vizconde con afectacion: ¿pero creéis por eso que sea indiferente?

—Qué queréis que os diga? Julia es tan linda, tan ilustre, tan rica.... de su misma edad; y César se manifiesta tan tibio, tan...

—Oh! hace muy bien César; interrumpió bruscamente el marqués. Aquel rubio.... y sobre todo aquella madre.... tan coqueta, tan verde... oh!

—César no se casaría con la madre sino con la hija, que es una joya, marqués.

—Oid, vizconde, dijo el marqués evadiendo las últimas palabras de Matilde; ¿deciais que el Nabad tenia gran predileccion por la aristocracia de sangre?

—Es una predileccion que raya en delirio: es una verdadera locura.

—En ese caso podriais traerle una noche para que oyese á Matilde en la *Lucia*; es decir, con su permiso, añadió inclinándose.

—Oh! estoy seguro de que se alegraría en extremo, marquesa.

—Pero eso es una cosa que no vale la pena de brindar á nadie; respondió Matilde picada de vanidad.

—Que no vale la pena! exclamó el marqués con un entusiasmo indecible. Oh! bien sabeis, Matilde, que en aquel duo eclipsais á la Gazaniga, á la Frezolini, á.... Vizconde, ¿me dais palabra de cantar el duo con la marquesa?

—Si Matilde se digna concederme tanto honor... aunque no soy un Varressi.... respondió Santa Marta contoneándose.

—Yo con mucho gusto.... pero es una locura, porque ese caballero que habrá oido las mejores voces de Europa....

—Pero os olvidais, marquesa, se apresuró á responder el vizconde, que una voz tan simpática en una dama de la primera aristocracia, parece increíble, porque es preciso confesar que nosotros los grandes no hemos nacido para artistas; ¿no es verdad, marquesa? ¿Y para cuando es la invitacion? añadió dirigiéndose al marqués.

—Matilde que lo diga, Matilde.... ella es la dueña....

—Pues bien, señores, daré á ustedes ese gusto para la víspera de S. Antonio.

—Gracias, marquesa; respondió Mendoza desahaciéndose en cumplidos.

—De ese modo, continuó la marquesa, reunimos el concierto á nuestro baile anual, y tendremos una soirée brillante.

—Y yo os prometo un excelente ambigú.... oh! no cumpliría con menos.

—Y asistirán las principales familias de la grandeza, ¿no es verdad, querido?

—Por supuesto!....

—Oh! pues aquel día no podrá excusarse César de asistir al sarao; exclamó Matilde sonriendo á la idea de aquella gran funcion.

—Excusarse! gritó el marqués apurando una nueva copa de champagne: aunque fuese preciso traerle por los cabellos. ¡Faltar á un sarao en que su madre será la reina del torneo! Vizconde, vos correréis con todo. Grandes targetones dorados para las esquelas... flores esquisitas.... y raras.

—Sí, sí, dejadme á mi; respondió el vizconde

con alegría: tendreis flores de la India, Cactus, bellezas de la flora mejicana....

—Y una alfombra de Persia de dibujos nuevos, digna de espantar á un millonario.... añadió Matilde procurando sacar partido de las circunstancias.

—Sí, sí, repetia maquinalmente el marqués.

—Y uniremos á la nuestra la vagilla de plata de la condesa de Sancti-Spiritus, que se dará por muy contenta con que yo la tenga á mi lado para hacer los honores. Estará la mesa brillante.

—Sí, sí.

—Ah! se me olvidaba.... Vizconde, ¿conoce el piano la señorita Fanny?

—Que si le conoce? si es una filarmónica consumada! Si es un prodigio!

—Ay, Dios mio! Y nada me habíais dicho, picarillo!

—Ah, marquesa! no sois vos quien debe temer á los conocedores.

—Gracias, vizconde; pero.... y César! qué muchacho!...

—No le aguardeis, marquesa; tal vez no venga hasta el amanecer: los jóvenes, son jóvenes.

—La Sancti-Spiritus tampoco ha venido; estaría cansada de S. Isidro. ¿Quereis prolongar todavía la sobremesa?

El vizconde sacó el reloj.

—Os acompañaré todavía hasta la una. ¿Con que todo está ya acordado, marquesa?

—Todo, respondió Matilde sonriendo; con amigos como vos luego se disponen las fiestas?

—Vos correreis con hablar al Nabad? dijo el marqués á Santa Marta.

—Mañana mismo; y creo que no se hará esperar.

—¿Creeis que venga pronto á visitarnos, vizconde?

—Mucho que sí; hablaré á Fanny del magnífico piano de Matilde, de su coleccion de música.... sobre todo de la galeria de cuadros, y es cosa hecha.

—Hola! con que tambien pinta esa señorita? preguntó Matilde con curiosidad.

—Que si pinta? Al óleo, á la aguada, al pastel....

—Ay, Dios mio!

—Y veinte millones de dote! exclamaba el marqués entusiasmado.

—Y diez y ocho años, añadió el vizconde; y una California de alhajas, y....

—Ay! qué lástima que no sea de sangre ilustre!

—Y César? preguntaba el marqués por la centésima vez mirando á todos lados.

—No conteis con él, marqués; César se nos queda por allá esta noche, y creo que ya no vendrá hasta el amanecer.

—Calavera! dijo la marquesa con alguna inquietud; y el frio de la noche no le hará mucho bien para aquella tos.

—Tos que solo existe en vuestra romántica imaginacion, Matilde. Además, en mayo las noches son ya templadas.

La conversacion se prolongó todavía algun tiempo sin que llegase César; y el vizconde se despidió al fin, acompañándole el marqués hasta la escalera.

—La marquesa ha caido en el anzuelo, dijo el vizconde estrechando la mano de su amigo con una espresion particular.

—Sí, sí, todo os lo debo á vos, vizconde y no lo olvidaré jamás. Vendrán al fin y veremos como podemos conquistar ese Sebastopol de oro....

Pero ¿y si saliese fallido nuestro plan? Ay, Dios!... No olvideis los targetones, flores, alfombras de Persia, etc., etc.

—Ea! valor, amigo mio: esta es la ocasion de jugar el todo por el todo; sin esos gastos ¿cómo hubiérais logrado vencer la resistencia de Matilde?

—Es verdad; pero este César tan frio, tan reservado....

—Dejad correr el tiempo; dejad que la marquesa haga los honores con la condesa de Sancti-Spiritus, César no podrá menos de quedar deslumbrado con la colosal riqueza de Fanny Souphanton.

—Lo creeis así?

—Que si lo creo? Matilde misma sentirá flaquear su entusiasmo por la nobleza, ante aquella india portátil.

El marqués se avalanzó al cuello del vizconde á riesgo de hacerle rodar las escaleras.

—Ay, amigo mio! exclamaba con el mayor trasporte; no escaseeis medio alguno. Flores, bugias rosadas, candelabros de esmalte; todo lo que queráis, y sobre todo reserva.

—Sí, sí, una sorpresa para César.

—Eso, eso.

—Buenas noches, marqués.

El coche aguardaba ya en el patio, y el vizconde iba á entrar en él, cuando se sintió detenido por César que llegaba en aquel momento.

—Hola, vizconde! os retirais ya?

—Sí, amigo mio; hasta ahora hemos estado de sobremesa.

—Dios mio, qué sobremesa!

—Mucho mejor de lo que os podeis imaginar.... todos han estado muy felices... os aseguro que os habeis perdido un buen rato.... Pero qué chasco nos habeis dado!

—Chasco?

—Tomad como que estuvimos mas de dos horas aguardando, porque Matilde no queria comer sin vos.

—Pobre madre mia!

—De seguro la encontrareis aguardando como la primera hora.

—Buenas noches, vizconde.

—Adios.

César atravesó rápidamente el patio, y subió con la ligereza de un ave.

—Hijo mio! exclamó Matilde que le esperaba ya al extremo de la escalera. Cuánto has tardado!

—Pero, mamá, ¿había de dejar á mis compañeros en un día de broma?

—No, hijo mio, no; pero y la tos?

—¡Quí! respondió César sonriéndose y dándole el brazo para conducirla á las habitaciones interiores.

Apenas entraron en el salon, César arrojó la talma sobre un sofá quedándose vestido de cazador.

—¡Qué hermoso estás con ese traje César! exclamó la marquesa con una especie de idolatría.

—Vaya, mamá, que la hora es aparente para un panegírico. ¡Y! Papá?

—Hace muy pocos minutos que entró en su cuarto, creyendo que no vendrias hasta el amanecer.

—¿Quieres que te lleve á tu cuarto, mamá? es ya mas de la una.

La marquesa tomó el brazo de su hijo y se encaminó á su cuarto, que era una magnífica habitación situada en el segundo piso y que formaba el ala del edificio. César habitaba en el mismo piso y ocupaba los aposentos que formaban el frente. Las habitaciones del ala izquierda del palacio, á la sazón vacantes, estaban destinadas al joven marqués para cuando se dignara tomar estado.

César llevó á Matilde á su tocador, la besó en la frente y se retiró á su cuarto despidiéndose de ella con aquellas dulces palabras que le decia todas las noches:

—Duerme, duerme, madre mía!

Sola ya la marquesa, tiró del cordon de la campanilla para que subiese la doncella.

II.

EL BECERRO DE ORO.

Couronnes, mitres d'or, brillent mais durent peu,
Ils ne valent pas le brin d'herbe que Dieu
Fit pour le nid de Chirendelle.

VICTOR HUGO.

César habia empezado ya á desnudarse cuando se le ocurrió la idea de ir á dar las buenas noches á su padre, disipando así la inquietud en que tal vez le tendria su tardanza.

Sin tener en cuenta lo avanzado de la hora, ni lo delicado de su salud, salió pié entre pié para no desvelar á Matilde, atravesó las galerías iluminadas apenas por la oscilante luz de los quinqués moribundos, y bajando la escalera principal cruzó de puntillas parte de la galería del primer piso, y se acercó silenciosamente á la puerta secreta del cuarto del marqués, cuya entrada principal daba á la pieza de la chimenea situada á la cabeza del salon de recibo.

Apenas el marqués se retiró á sus habitaciones, despojóse de su traje de etiqueta, tomó su bata y su magnífico gorro griego y se sentó en su bufete como de costumbre. Por muy avanzada que fuese la hora, todas las noches sentaba en un libro que tenia el nombre de «Registro secreto», las operaciones del día esparcidas en diversos libros y registros que llevaban el nombre de «Registro

de nobles», «De comercio», «De industriales», y «De operaciones de bolsa».

En aquel registro secreto resultaba la verdadera ganancia líquida del día, producto delicioso que el marqués leía y releía una y mil veces antes de entregarse al descanso.

Pero al tomar la pluma para empezar á colocar las cantidades, parecióle al Marqués que la habitación daba vueltas en derredor suyo, y se pasó la mano por la frente para asegurarse de que no soñaba.

Aquel cerebro que la avaricia encendía hasta la exaltación, estaba sufriendo una espantosa fiebre producida por la idea de los millones de la hija del Nabad.

Se levantó, dió algunos pasos por la habitación y se volvió á sentar... Nada, no le era posible coordinar sus ideas para verificar la suma.

Abismado en su gran sillón de brazos empezó á recorrer como podía en su imaginación los grandes gastos que iba á originarle el convite de la vispera de S. Antonio, y el estremecimiento nervioso que corrió por todo su cuerpo hubiera puesto en alarma á todo el que no fuese un avaro valiente. La enorme cantidad que el vizconde invertiria en los aprestos de aquella gran batalla, le espantó de tal modo, que trémulo y aturdido se levantó, tocó un botón apenas perceptible que estaba clavado en la pared al lado de su cama y que le servia para colgar el reloj, y la pared se corrió silenciosamente hacia un lado dejando descubierto un gran armario que ocupaba desde el suelo al techo, y cuyos estantes llenos de pilas de oro y de rollos de billetes de bancos encerraban una riqueza verdaderamente colosal.

Aquella vista pareció devolver al marqués sus turbadas facultades intelectuales. El gran espejo de oro en que se miraba y remiraba como una niña coqueta, tranquilizaba todos sus temores para el porvenir, y el marqués que como todos los avaros de raza, se habia estremecido un momento antes, temiendo empobrecerse con el sarao que se preparaba, repasó una por una las pilas de oro, contó al vuelo los billetes de banco á pesar de su gran número, y concluyó por reirse de sus temores con una carcajada silenciosa y diabólica como todas las alegrías del demonio.

Uno solo de aquellos estantes era mas que suficiente para una fiesta régia y cuántos millones debia producir aquel bienhadado convite si con él lograba alcanzar la riqueza de Fanny Sonphantón? El marqués estuvo á punto de caer en el delirio solo al concebir aquella idea. ¡Oh! entonces exclamó casi calenturiento, fuerza será estender los estantes todos á lo largo de la alcoba! y el rédito? ¡oh!

Luego sintiéndose agoviado como si el peso del oro le ahogase murmuró con voz sorda.

—¡Ah! Tal vez la realidad me mataría, y pálido y preocupado encaminóse de nuevo á su bufete, se sentó en el sillón de brazos y ejecutó con la mayor velocidad la suma del registro secreto.

Luego que hubo colocado todos los libros en

su sitio acostumbrado, se quitó las gafas de oro, las limpió guardándolas cuidadosamente en un estuche y se levantó para retirarse á dormir algunas horas, pero apenas habia dado algunos pasos volvió hácia atrás dándose una palmada en la frente.

Corrió hácia un lado el sillón de brazos, abrió uno de los tiradores secretos del bufete, y sacó de él envuelta cuidadosamente en un paño de terciopelo una escultura de plata preciosamente labrada que representaba una gentil y graciosa Fortuna, como de un pié de alto poco mas ó menos.

Estendió el paño de terciopelo sobre el bufete, colocó en él su precioso idolo alumbrado por las dos bugías, y cayendo de rodillas sobre la alfombra cruzando las manos y elevando los ojos hácia la escultura, prorumpió con un fervor indecible.

—Fortuna! Fortuna! no me abandones.... Protégeme! murmuraba casi convulso y con la mas acendrada idolatría.

—Protégeme! protégeme! repetía con voz sorda y mirando con aspecto siniestro hácia todos lados como si temiese ser sorprendido.

Acabada su plegaria, recogió de nuevo la escultura y envolviéndola con respetuoso cuidado segun estaba, volvió á cerrarla con llave dentro del tirador.

Pegado César á la puerta secreta fijó el ojo en la cerradura, habia seguido punto por punto todos los movimientos del marqués, que creyéndose completamente solo, pensaba como suele decirse en alta voz, dejando llegar así á los oídos de su hijo sus mas secretos pensamientos.

Aunque César conocia lo mismo que Matilde la usura del marqués, ignoraba completamente todos aquellos pormenores que ahora se presentaban por primera vez á su vista, escitando vivamente su curiosidad natural, porque César como todos los niños mimados era escesivamente curioso.

Cuando el marqués asustado por los gastos que iba á originarle la fiesta, penetró en la alcoba y para reanimar sus fuerzas quiso mirar su tesoro, César quedó como suele decirse á oscuras, tanto por la escasa luz que salia de la alcoba, como porque la cerradura solo le permitia ver lo que tenia enfrente, que era el bufete y el sillón que su padre habia dejado vacío.

Curioso por demás como hemos dicho, dió velozmente la vuelta por la galería, atravesó el salón y la pieza de chimenea, y aplicó el ojo á la cerradura de la puerta principal, desde la que podia registrar todo el interior del gabinete que hacia de despacho y una gran parte del dormitorio de su padre.

Al ver César el reflejo que despedia el oro á la luz de las bugías que el marqués habia llevado consigo, quedó por un instante deslumbrado, como aquel que de una oscuridad profunda sale repentinamente á la luz del sol. Poco á poco fué recobrando la vista, y con ella la certeza de que solo alcanzaba á ver una parte del prodigioso ar-

mario, que sin duda se prolongaba hasta el ángulo de la pared.

Aunque siempre habia profesado á los avaros un odio profundo, sintióse dominado por un sentimiento de compasion y hasta de cariño hácia un padre que pasaba la vida juntando solo para él, y que iba á hacerle dueño de una fortuna envidiable. César sabia ya que era rico, pero ahora sabia mas; sabia que era muy poderoso.

Millonario! ilustre! Esto era reunir todos los beneficios del cielo; y si como ha dicho Pindaro, ser rico es el primero de los privilegios, y el segundo nacer noble, César los reasumía todos, pudiendo en adelante considerarse uno de los mas envidiados Grandes de España.

Por muy elevado que sea el espíritu, el corazón humano ha de pagar necesariamente su tributo á nuestra inherente flaqueza. César deslumbrado como hemos dicho con la idea de su riqueza, y convencido de que *riqueza es poder*, aspiró por la primera vez de su vida el dulce perfume de la vanidad, y murmuró con una satisfaccion indecible:

—Oh! soy rico, muy rico.... Y Aurora? Un movimiento convulsivo de tos que reprimió con trabajo vino á helar en flor la nueva ilusion que absorbía en aquel momento toda su existencia, y su imaginacion melancólica le trajo á la memoria los tristes é inolvidables versos de Jorge Manrique:

«Nuestras vidas son los ríos
que van á dar á la mar
que es el morir;
allí van los señorios
derechos á se acabar
y consumir».

Esta idea le aterró: apoyó la cabeza en la puerta para no caer, pero un ruido particular le hizo volver á mirar con mas atencion por la cerradura. Entonces vió con espanto el altar de la Fortuna y la grosera idolatría del marqués; entonces empezó á temblar como un azogado, pareciéndole ver todo aquel oro evaporarse como una aparicion diabólica arrastrando entre sus rojizas nubes al hombre que robaba el culto al verdadero Dios para dedicarlo al becerro.

Trémulo, escandalizado, creyendo presenciar uno de esos horribles misterios atribuidos á los templarios, atravesó de un vuelo el salón, la antecámara y la galería, y subió á su cuarto con los cabellos erizados de miedo, rogando á Dios tuviese piedad del alma del avaro llamándola á verdadera penitencia.

La idea de que él era el dueño verdadero de aquella fortuna en la que sin duda entraba por mucho Satanás, le causaba un horror indecible, que en vano procuraba desechar: acogido al recuerdo de Aurora como á una idea de salvacion, envidiando aquella pobre bohardilla en la que no se conocia el pesar ni el remordimiento, elevó su alma á Dios con toda la fé de un corazón sincero

para que apartase de él aquella fortuna que tal vez atraería sobre su cabeza la maldición del cielo.

Ay! el cielo había escuchado sus votos.

—Dadme, Dios mío, aquel ángel para que me acompañe en mi camino, y yo bendeciré vuestro nombre sin cesar: añadió con fervor.

La moribunda llama de la bugía abandonada hacia largo tiempo, esparcía en derredor chispas siniestras que atemorizaron su espíritu harto preocupado ya, causándole una impresión penosa. Pareció entonces sentir un ligero ruido en la habitación de Matilde, y á poco el paso apenas perceptible de una persona que se acercaba en silencio.

Temiendo haber desvelado sin querer á su madre, se echó precipitadamente en la cama sin desnudarse, dejando la bugía encendida sobre su mesa de noche.

Apenas César había cerrado los ojos, tocaron ligeramente á la puerta de su cuarto; pero el joven no se movió. Al parecer estaba profundamente dormido.

Abrióse entonces la puerta y apareció en ella la marquesa que volvió á cerrarla tras de sí, encaminándose en seguida al lecho de su hijo.

III.

MATILDE.

Prie encor pour tous ceux qui passent
Dans cette terre de vivants
Pour ceux dont les sentiers s'effacent
A tous les flots, à tous les vents.

VICTOR HUGO.

Apenas Matilde se vió vestida con su elegante traje de noche, despidió á su doncella sin hablar palabra, y permaneció algunos minutos apoyada la frente en su mano derecha, sin separarse de la mesa de tocador sobre la que descansaba su ebúrneo y torneado brazo.

El traje de la marquesa le daba una semejanza singular con esas hadas misteriosas que se levantan por la noche sobre la espuma de los lagos. Su magnífico peinador de batista cubierto de riquísimos bordados y alegres faralaes, se abrochaba con lazos rosados sobre otra túnica interior, también de batista que le llegaba hasta los pies; su ancha manga recogida por un gracioso lazo de raso de color de rosa, dejaba en descubierta un brazo digno de la Venus de Médicis, y su pie diminuto y encantador como el de Jenny Lind, se encerraba en una babucha de terciopelo carmesí bordado de oro.

Aunque Matilde frisaba ya en los treinta y ocho años, nadie que la hubiera visto en aquel traje la hubiera creído de mas de veinticinco. Su dulzura, su sensibilidad, y sobre todo su aseo y natural elegancia, la hacían permanecer en esa edad dudosa que prolonga los atractivos de la mujer bonita, hasta que un pesar ó un padecimiento físico dan al traste con aquel misterioso encanto, poniendo en relieve su verdadera edad.

Sin saber por qué, sentía la marquesa un mal

estar que á pesar de lo avanzado de la hora, hacia huir el sueño de sus párpados. En vano procuraba olvidarse siquiera por un momento de aquella extraordinaria familia que iba á invadir muy pronto su aristocrático salón y á celebrar su canto; aquel Nabad con su inmensurable pipa oriental, aquella joven filarmónica y pintora con sus veinte millones de dote, y sus mundos de pedrerías; aquella fiesta que ella, grande de España, iba á ofrecer al grande de California, se mezclaban y confundían en su cerebro con el recuerdo de su hijo querido y de Julia de Sancti-Spiritus, á la que profesaba singular cariño.

—Ah! y si esto fuese un lazo? murmuró Matilde con ansiedad; no sé por qué se me figura que amenaza á mi hijo alguna gran desgracia.... ¿Y si César fuese capaz de olvidar á Julia de Sancti-Spiritus por esa poderosa heredera?... Oh, gran Dios! la sangre de los Fernandez de Córdoba manchada con la de un!.... Oh! es preciso prevenirle, estrecharle, decidirle por Julia.

Matilde se levantó y exclamó á los dos ó tres pasos cubriéndose el rostro con las manos.

—Dios mío! ¿cómo decidirle si su corazón no ha dicho todavía *amo*? Vaciló algunos momentos ante la idea de asustar á su hijo, que sin duda acababa de quedarse dormido, y se detuvo; pero el creciente desorden de sus ideas podía mas en aquel momento que la razón, y casi contra su voluntad abrió la puerta del cuarto que el joven dejara un poco entreabierta; y como hemos dicho antes, la cerró tras sí. El reloj de palacio daba las dos.

Acercóse Matilde lentamente al lecho de su hijo, y se paró contemplándole con un cariño parecido á la idolatría, con el cariño de una madre que se recrea en su hijo dormido.

—César, César, murmuró inclinándose sobre su rostro y besándole en la frente.

César hizo un movimiento como el que empieza á despertar.

—Ay, Dios mío! exclamó Matilde reparando en el traje de su hijo; y ni siquiera se había desnudado.... ya se vé, vendría rendido de sueño.... César, hijo mío, despierta.... ¿Cómo has dejado esta luz tan cerca? ¿No ves que pudo haberse prendido fuego á las cortinas? César, César.

César abrió los ojos y rodeó con su brazo derecho el cuello de su madre, sobre el que se destacaban sus cabellos negros y enortijados.

—Mamá, le dijo incorporándose en el lecho y haciéndola sentarse á su lado. ¿Sabes que tu cariño es demasiado egoísta?

—Y por qué? preguntó la marquesa poniéndose colorada como una cereza.

—Porque no te basta ocupar el primer lugar en mi corazón; no te basta que te adore como se adoran los ángeles.... Tú quieres penetrar mis ensueños y desdoblar uno á uno los pliegues de mi alma por si en ellos oculto algun secreto: ¿no es verdad, Matilde?

Matilde estrechó contra sus labios la mano de su hijo, y calló porque no sabía qué responder.

—Vamos, mamá; si es eso lo que desees, yo te presento abierto el libro de mi alma para que leas en él. Yo te juro, Matilde, que el día en que yo te oculte una sola página....

—Ah! ¿Tendrías valor, César, para ocultármela? Ese solo instante destruiría toda la felicidad de mi vida.

—No, no; esto era una suposición nada más.... Pero, ¿y si con mi silencio pudiese evitarte un pesar profundo no...?

—No, no, yo quiero saberlo todo, todo.... ¿lo oyes, César? Guarda en buen hora tus secretos de tu padre que te idolatra, pero que no te comprende: guarda los del vizconde de Santa Marta, un excelente amigo, pero que es un buque que navega con todos vientos: más de Matilde, de tu madre, de tu amiga.... Oh, hijo de mi corazón! exclamó la marquesa estrechándole en sus brazos con la mayor ternura.

César estaba tan conmovido, que no pudiendo expresar á su madre lo que sentía, dejó caer su cabeza sobre el seno de Matilde.

La marquesa acercó sus labios á los perfumados cabellos de su hijo.

—Mamá, le dijo este con voz entrecortada: felizmente no me ha llegado todavía la hora de amar....

—Pero ¿no te horroriza la idea de que tu ilustre raza se extinga para siempre? Ah, hijo mío! esa es mi eterna pesadilla; y precisamente porque me horroriza esta idea, he venido á turbar tu sueño en esta hora solemne para que empeñes conmigo una palabra sagrada.

—Una palabra! Habla, habla, mamá; no te comprendo, exclamó César con una agitación visible.

—César, tú sabes lo que te amo; añadió Matilde besándole en la frente.

César hizo una señal afirmativa.

—Pues bien; un casamiento desigual me causaría la muerte y....

—¿Y qué queréis decir con eso? preguntó César sintiendo correr por su frente gotas de un sudor frío.

—Que yo te exijo ante Dios una palabra solemne.

—Cuál, madre mía, cuál? exclamó temblando de pie á cabeza.

—La de que no harás un casamiento desigual.

—Oh! murmuró César con una expresión imposible de describir.

—César, hijo mío, exclamó Matilde poniéndose en pie y mirándole fijamente como para leer en el fondo de su corazón: habla, habla. Pobre madre! añadió dejándose caer con las manos cruzadas sobre el lecho de César.

César que en ausencia de Matilde se creía con fuerzas para la lucha, se rendía siempre al primer suspiro de aquella mujer encantadora que le fascinaba.

—Mamá, le decía acariciándola con ternura: mamá, vuelve en tí; yo no pienso ahora en separarme de tu lado, no.... yo necesito tus caricias,

tus cuidados, tu sonrisa, Matilde.... Oh! sobre todo tu sonrisa.

—Júrame, dijo Matilde con voz solemne, que nunca consentirás en dar la mano á una mujer opulenta si no te iguala en nacimiento.

—Te lo juro, respondió César estrechando entre las suyas las manos de la marquesa.

—Júrame que no me ocultarás una sola de tus conferencias con el vizconde.

—Sí, sí, te lo juro, Matilde; te lo juro por tu amor.

—César! hijo mío! Dios te haga feliz: exclamó Matilde estrechándole con entusiasmo contra su corazón. ¿Estarás cansado, no es verdad?

—No, no, mamá; respondió César haciendo sentar de nuevo á Matilde que había hecho un movimiento para levantarse: no te vayas.... ¡es tan dulce tu acento! Pero dime, Matilde; añadió mirándola frente á frente: ¿por qué asoma á tus párpados una lágrima que te empeñas en ocultar? Habla. ¿Por qué tus manos están trémulas y ardientes como las de un calenturiento?

Matilde, que como hemos dicho era estremamente sensible, prorumpió en sollozos, y refirió á su hijo todo lo que sabía acerca del Nabad, y de la gran fiesta que se preparaba para sorprenderle.

—Ah! ¿con que esa era la gran sobremesa que tanto celebraba el vizconde?

—Sí, hijo mío; el vizconde se halla en su elemento, y necesariamente había de aprobar el pensamiento de tu padre; pero no te olvides que tú debes ignorarlo todo hasta el momento dado, porque se trata de una sorpresa.

—Sí, sí: ¿pero cómo decías que se llama ese millonario?

—Souphantom y comunmente el Nabad.

—Souphantom! Fanny Souphantom....

—Ah! ¿la conoces acaso? exclamó Matilde mirándole de hito en hito.

—No, mamá; pero.... oí.... no sé donde.... en el café del Príncipe tal vez, hablar de esa familia, y sobre todo de esa jóven que pintaban como un ángel.

—César, le dijo Matilde alarmada de nuevo por aquellas palabras entrecortadas: ahora que todo lo sabes ya, ahora que he tenido la debilidad de confesarte el temor que me trajo hasta tu lecho, júrame otra vez que nunca darás tu mano á la hija del Nabad.

—Os lo juro por el Dios que nos oye! respondió César con resuelta solemnidad y poniendo su mano derecha sobre el corazón.

Matilde no quiso oír más. Aquel juramento acababa de disipar completamente sus temores. Estando ya segura de que César no se casaría nunca con Fanny Souphantom. ¡Cuánto iba á gozar en aquel sarao en que el vizconde agotaría todos los refinamientos de la elegancia! ¡Cuánto en ver fallidos los planes del marqués y del vizconde, que seguramente contaban con deslumbrar á César!

Además, siendo el jóven marqués dueño todavía de su noble corazón, andando el tiempo, ¿no

le sería fácil á Matilde halagarle, seducirle y persuadirle al fin á dar su mano á la condesa de Sancti-Spiritus, ella que habia dirigido dia por dia todas las emociones de aquella hermosa inteligencia?

Abrazó á César prodigándole los nombres mas tiernos, le encargó de nuevo el secreto y se retiró á su cuarto, felicitándose de haber ido á arrancar á su hijo una palabra que restablecía la calma en su agitado corazon. Pocos minutos después dormía soñando con los blasones que la condesa de Sancti-Spiritus debia añadir al escudo de los marqueses de Bengala.

—¡Dios mio! exclamó César dirigiendo al eterno una plegaria que salía de lo mas íntimo de su alma.... ¿qué debo yo hacer? ¿debo clavar el puñal en el corazon de una madre que me idolatra? No, no, guardemos con valor este secreto. Dios me abrirá camino para traer este ángel á los pies de Matilde; pero ay! mi camino se tuerce, mi sendero se borra..... ¡Dios mio, tened piedad de mí!

César se durmió al fin brillando todavía en sus párpados ligeramente entreabiertos dos lágrimas que mentaban dos diamantes suspendidos entre sus largas y negras pestañas.

IV.

ESPERANZA.

Yo suavizo las pasiones
de los pechos en que vivo,
del amante y del cautivo
soy la calma y el sosten.
Si mantengo de ilusiones
al que sufre penas reales
el olvido de los males
á lo menos, es un bien.

Arriaza.

La noche de S. Isidro tan fecunda en emociones para todos los individuos que componian la familia del opulento marqués de Bengala, habia sido una de las mas felices para las dos pobres artesanas. Tranquilas ambas con la promesa que acababa de empeñarles Angel, al que creían como á un oráculo, se entregaron de lleno á las venturosas ilusiones que les brindaba la verbena de S. Antonio.

Aurora, la sentimental y enamorada Aurora que suspiraba sin cesar por su amante, iba por fin á recorrer las calles apoyada en su brazo, iba á aspirar el perfume de aquellas flores que tanto amaba y que ofrecidas por la mano de Angel tendrían para ella un misterioso perfume, iba sobre todo á gozar del placer de hablarle á solas, porque su amado, como si adivinase sus mas secretos pensamientos, habia ofrecido conseguir una licencia al novio de Carmen. ¿Y cómo era posible que Angel empeñase una palabra que no habia de cumplir?

¡Cuánto gozaba María Aurora con aquellos dulces pensamientos que colmaban sus mas ardientes deseos! ¡Cuánta felicidad le brindaba á lo

FEBRERO.

léjos el porvenir! Es verdad que cuando abarcaba la luminosa idea de llegar á ser esposa de Angel, retrocedía espantado su pensamiento sin saber por qué; pero Angel le habia jurado ante Dios no tener otra esposa, Angel acababa de renovar su promesa jurándole que solo á ella amaba sobre la tierra y los temores y pesadillas de Aurora hubieron ante aquellos dulces recuerdos, como las nieblas que estienden su azulado manto sobre el dormido cristal del rio y se evaporan á los primeros rayos del sol naciente.

Los dias se deslizaban para ella tan puros y risueños como los mas alegres de la infancia. Encargada por una hermana de la caridad cuyo nombre ignoraba de repartir limosnas *ad libitum*, podía satisfacer ampliamente todas las aspiraciones de su magnánimo corazon sin temer las convenciones de Carmen, que mas económica se oponía siempre á sus generosos impulsos. Sus labios se abrían apenas para formular un deseo, cuando ya le encontraba satisfecho. Es verdad que sus deseos eran siempre sencillos como su alma, pero al fin deseos que todos nos complacemos en ver realizados.

¡Cuánto amaba María Aurora su rosal, primera prenda del amor de Angel! Quince dias hacia que se habian visto por la vez primera, cuando Angel encontró una noche en los ojos de su amada señales inequívocas de haber llorado mucho. Preguntó á las dos jóvenes si les habia sucedido alguna desgracia, pero Carmen dió una de esas respuestas evasivas que nada significan y María se encerró en un silencio que significaba desahogado. Impaciente entonces por saber la causa de aquel disgusto que ambas se empeñaban en ocultar, aprovechó un momento en que Carmen hablaba con su amante y merced á la fascinación que ejercía desde la primera hora sobre su amada, logró adivinar por algunas frases que Aurora habia cometido la imprudencia de dar un real por un ramillete de flores, despilfarro que la económica Carmen no podía perdonarle.

—Es decir que tanto amas las flores? le preguntó Angel con voz apenas perceptible.

—Oh! mucho, mucho!

—Y qué flor es para tí la preferida?

—La rosa blanca.... si fuese muy rica preferiría otra rosa, pero....

—Cuál?

—Una rosa magnífica que se llama la rosa thé.

—Y dónde has visto esa rosa?

—En casa de una gran señora que me habia encargado algunos bordados, ay! todo me parece triste cuando recuerdo aquella flor peregrina.

Angel calló y se sonrió; á la noche siguiente entró en la bohardilla con un objeto escondido debajo de su capa, y antes que las muchachas tuviesen tiempo á dirigirle la menor pregunta, el hermoso rosal se levantaba erguido sobre la mesita de velador.

—La rosa thé! la rosa thé! exclamó Aurora con entusiasmo.... la rosa que tanto me habia hecho penar.

—Es esa? preguntó Angel gozándose en la felicidad de Aurora.

—Sí, sí... esa misma... es decir, la misma no, porque la que yo vi estaba en un jarrón, y esta está plantada en un cajoncito, pero exactamente la misma. ¡Dios mío! ¡qué hermosa es!

—Es tuya Aurora... yo la he comprado para ti, para que la cuides y la mimes con las brisas de tu aliento... ese rosál es la primera ofrenda de mi amor... ¡Ojalá que no se marchite nunca!

Aurora estaba loca de alegría, gritaba, se sonreía, examinaba las hojas una por una, y no pudiendo abrazar á Angel, besaba y acariciaba los pétalos de la rosa con un transporte parecido al delirio.

—Y es V. el pobre, señorito? preguntó Cármen sonriendo, nenni, nenni; yo no lo entiendo, ó su tío de V. cierra muy mal su naveta cuando así gasta V. el dinero á tontas y á locas.

—Es una flor... barata; es decir, no es cara... se apresuró á responder el joven estudiante, y luego, alegrán tanto las flores, que creí causaros con ella un nuevo placer.

—Oh! sí, un placer indecible, exclamó Aurora acariciando de nuevo el rosál.

—Gracias señorito, porque á la verdad, aunque el rosál sea de Aurora...

—Como todo lo que hay aquí es tuyo, se apresuró á decir la joven rubia.

—Cierto, pero decía que como todos tenemos ojos, yo tendré una satisfacción en ver el rosál; porque no crea V. señorito, añadió Cármen sonrojándose y mirando fijamente á su amiga, que porque no me gustan despilfarros aborrezco las flores, nada de eso; las prefiero á cualquier otro recreo, pero que las compre quien pueda, porque echar en flores el dinero del pan, es una gran necesidad y...

—Yo... murmuró Aurora sin levantar los ojos.

—Tú habrás hecho lo mismo que yo haría en tu lugar... buenas somos nosotras para guardar secretos con los amantes... y luego precisamente un rosál, aparecerse así como llovido del cielo, ¿eh?

Aurora se puso encendida como la grana.

Angel echó cuatro piropos á Cármen y la conversación varió de rumbo.

Para pintar esta escena que como hemos dicho ya, tenía lugar como unos quince días antes de S. Isidro, nos hemos visto precisados á volver atrás en nuestra historia. Tomemos de nuevo el hilo pocos días después de aquella célebre romería.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA HIPOCRESIA DEL VICIO.

COMEDIA INEDITA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. Manuel Breton de los Herreros.

(CONTINUACION.)

- INES. Sigo tus pasos, aleve.
 BEN. La disculpa es llana y breve.
 INES. Cocodrilo!
 BEN. Pero es proceder ambiguo el tuyo: y si yo averiguo...
 INES. Me amenazas?
 BEN. No, pero....
 INES. ¡Necia de mí, necia!... ¿Por qué no te di calabazas?
 Pero siga el regocijo; que después... Solo te exijo, por ahora, que á Don Miguel no le digas que me has visto, ni me sigas, ni...
 BEN. (Con ridícula gravedad.) Señora!...
 INES. Silencio y no hagas el bú. Tienen mas honra que tú mis sandalias; mas si mueves alboroto...
 BEN. Qué?
 INES. No echaré en saco roto lo del alias. (Váse por el foro.)

Escena VII.

DICHOS, menos INES.

- BEN. No puedo seguirla ahora, que el amo me espera allí.
 D.^a LUP. Maldito siete de bastos! Hay suerte mas infeliz!
 JUG. 1.^o Pagando. Cuatro duros.
 D. MAU. Cuatro.
 JUG. 1.^o Tres.
 JUG. 4.^o Mios.
 JUG. 1.^o Medio peso.
 D.^a HIG. A mí.
 JUG. 1.^o Ahora, otro talla. (Cuenta el dinero.)
 D.^a LUP. (Al que tenga inmediato.)

- Me alegro,
que nunca da uno en el quid
con ese hombre.
- JUG. 4.º Cuatro, seis,
ocho....
- D. MIG. Yo tallo.
(Llamando.) Fermin!
- D.ª LUP. Siempre echa la descargada.
- D.ª HIG. Vaya, señor de Solís;
no ha hecho usted mal su agostillo.
- D.ª LUP. (Que no fuera yo alguacil!)
- JUG. 4.º Apenas me he desquitado
de lo que anoche perdí.
(Levantándose y saludando.)
Señoras mías.... Señores....
(Cuánto primo hay en Madrid!)
- (Váse.)
- JUG. 5.º Tres onzas se me ha llevado!
- JUG. 6.º Yo dejo sobre el tapiz
un empréstito de cinco:
dos pagas; Marzo y Abril.
- JUG. 5.º Vámonos, porque si nó,
me voy á dejar aquí
la cera de los oídos. (Váse.)
- JUG. 6.º (Me va á arañar Beatriz.
Maldición!...) Abur, señores. (Váse.)
- D. MIG. No viene ese galopin?

Escena VIII.

D.ª LUPA. D.ª HIGINIA. D.ª POLICARPA. D.
TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D.
GINÉS. BENITO. FERMIN. *Jugadores.*

- FERM. Quién llama?
- D. MIG. Barajas, que estas
harto han dado ya de sí.
- D.ª POL. (A fé que el nuevo banquero
es un mozo muy gentil.)
(Además de los jugadores 4.º, 5.º y 6.º, se le-
vantán algunos de los que no han hablado.
D. Miguel ocupa el lugar del banquero; y
D. Torcuato se apresura á sentarse á su la-
do por la derecha.)
- D. GIN. (Rápidamente y al oído á Fermin.)
De aquellas....
- FERM. Ya estoy en autos.
(Váse.)
- D. MAU. (A D. Torcuato.)
Quisiera sentarme ahí,
si á usted le es indiferente....
- D. TOR. Ya me he sentado, y ni al Cid
en persona cedo yo
mi silla.
- D. MAU. (El hombre es cerril.)
Soy punto fuerte, y usted...
- D. TOR. (Hum! ya te veo venir.)

- Señor mío, cada cual
juega sus maravedís
cuando quiere y como quiere!
- (Siéntase D. Mauricio á la derecha de D. Tor-
cuato y D. Ginés ocupa en la misma direc-
ción la silla inmediata.)
- BEN. (Sentándose á la izquierda de D. Mi-
guel y al lado de D.ª Lupa.)
(Hay capricho mas pueril?
Pero, pues así lo quiere,
seamos su comodín.)
- FERM. (Volviendo.)
Las barajas.
(Pone un paquete de ellas sobre la mesa.)
- D. MIG. (Dándole un doblón.)
Casa y luces.
Lo que sobra para tí.

Escena IX.

DICHOS, menos FERMIN.

- D. MIG. (Desenvolviendo las barajas.)
¡Ea, á desbancarme pronto,
señores!
- BEN. Salga á lucir
el fondo, y veré....
- D. MIG. Se entiende.
(Sacando dinero.)
Ahí vá. ¿Son grano de anís
seis onzas?
- BEN. Valiente empeño!
¡Gran batalla de Austerlitz
vamos á ganar! Seis onzas!
- D. MIG. Si usted quiere poner mil,
es muy dueño de tallar.
- D. MAU. Vendrá usted del Potosí
tal vez....
- BEN. No; de Andalucía.
Soy natural de Guadix.
- D. MIG. Ya se infiere....
- BEN. En fin, no quiero
la ruina de este país.
Talle usted sus seis oncejas;
pero le debo advertir
que como fiesta de pólvora
se irán, si me hace tilin
una sota.
- D. MIG. Caballero!...
- D.ª LUP. Déjele usted... Eso es... changüí.
- D.ª HIG. Otras hay, si estas se pierden.—
Quién corta?
- BEN. Yo.
(D. Miguel le acerca la baraja, cor-
ta Benito y aquel echa el albur.)
- D.ª HIG. (Qué incivil!)
- JUG. 2.º Al tres.

D.^a LUP. A ese cinco.
 D. MAU. Al cinco.
 D.^a HIG. Al tres.
 D. MIG. Juego.
 BEN. *(Poniendo una moneda.)*
 Medio luis
 de plata al cinco.
 D. MIG. ¿Es todo ese,
 compadre, el tren de batir
 con que usted me amenazó?
 Yo esperaba un celemin
 de onzas....
 BEN. Un poco de flema.
 Yo no me caliento así
 como quiera.
 D. MIG. Buen apunte!
 BEN. Protesto del retintín.
 D. MIG. *(Con chunga.)*
 Va dentro, ó fuera?
 INES. Mitad
 y mitad.
 D. MIG. Ya; *mich y mich.*
 BEN. Y fuera de doble: estamos?
 D.^a LUP. *(A un jugador.)*
 Hum, qué cócora!
 D.^a POL. *(A otro.)* Qué ruin!
 D. MIG. *(Echando el gallo.)*
 Juego.—Dos y rey.
 D.^a POL. Al dos.
 JUG. 4.^o Al rey.
 D. GIN. Al dos.
 BEN. *(Deteniendo la mano de D. Miguel*
cuando vá á volver la baraja.)
 Alto ahí!
 el medio luis vá de pároli
 contra el dos.
 D. MIG. Sí? ¡Qué feliz
 ocurrencia!
 BEN. Como mia.
 D. TORC. *(No hay fiesta sin arlequin.)*
 D. MIG. Compadre, no bastará
 el tratado de Bails
 para ajustar esa cuenta.
 BEN. El que talla ha de servir
 á todo el mundo.
 D. MIG. El que talla
 seria cobarde y vil
 si aguantase las sandeces
 de cualquier chisgaravis.
 BEN. *(Incorporándose.)*
 Qué se entiende?...
 D. MAU. Eh! para broma
 ya basta.
 BEN. *(Alzando la voz)* No hay broma ni...
 quiero jugar á mi gusto;
 y no doblo mi cerviz

á nadie y....
 D.^a POL. Jesus!
 D. MAU. Silencio!
 D.^a LUP. ¡Armar la de San Quintín
 por nada!....
(Murmullo general.)
 BEN. Yo...
 D. TOR. *(¿qué garito*
no suele acabar así?)
 D. MIG. *(Imponiendo silencio con sus ade-*
manes y levantándose.)
 Hablemos claro. Si hay hambre
 y apela usted á ese ardid
 para armarse, ahí vá un doblon,
 y lárguese usted de aquí.
 BEN. Usted me insulta!
 D. MIG. *(Cogiendo un candelero.)* ¿Le apago
 esta vela en la nariz?
 BEN. *(Cogiendo otro candelero.)*
 Primero...
(D.^a Lupa sujeta el brazo de Benito
y D. Mauricio el de D. Miguel. To-
dos se levantan, menos D. Torcuato.
Algunas máscaras que llegan de dis-
tingtos puntos aumentan el grupo y la
confusion. Las mujeres chillan.)
 D.^a HIG. Ay!
 D.^a POL. Por Dios!
 JUG.^s Señores!
 OTROS. Juicio!
 D. GIN. Prudencia!
 D.^a LUP. *(Gritando.)* Fermin!
 D. MAU. ¡Chito, que comprometemos
 á Doña Aldonza!
 D. GIN. La lid
 se aplace...
 D.^a LUP. Mátense ustedes
 donde no suene el violin;
 que esto es una incongruencia.
 D. MIG. Conformes. Mañana...
 BEN. Sí.
 D. MIG. *(Dándole una tarjeta.)*
 Mi nombre y mi casa.
 BEN. Entiendo.
 D. MIG. Extramuros...
 BEN. Ya.
 D. MIG. Hay jardín...
 BEN. Mejor. Cuando el alba asome
 entre perlas y rubís,
 nuestros plenipotenciarios
 arreglarán el festín.
 D. MIG. Su gracia de usted?
 BEN. *(¿Qué nombre*
fingiré yo?) En el dantzik
 me he dejado las tarjetas,
 que son de hermoso barniz...

(Ah! el de Manila!... No temo que me venga á desmentir.)
Mas lo diré verbalmente.
Me llamo Torcuato Ruiz.

D. TOR. (Qué oigo! Vive Dios!... ¡Un quídam de tan grotesco perfil llevar mi nombre!...)

BEN. (*Retirando su puesta.*)
Ahora bien,
retiro mi medio luis.

D. TOR. (Yo le diré... Mas guardemos el incógnito hasta el fin.)

BEN. Lo dicho.

D. MIG. Lo dicho.

BEN. Venga esa mano varonil.
(*Se dan las manos.*)

D. MIG. Hasta mañana.

BEN. Mañana
dejará usted de existir.

D. MIG. Bah!

(*Se sienta, y asimismo los jugadores que se habian levantado. Las máscaras vuelven á su anterior movimiento.*)

BEN. (*Yéndose hácia el foro.*)
(No he salido del paso tan mal como presumí.
Busquemos ahora á Inés que tengo el alma en un tris.)

Escena X.

DICHOS, menos BENITO.

D. MAU. Hola! pues parece jaque el hidalgo guadijeño.

D. MIG. No es para quitarme el sueño un hombre de aquel empaque.

D. GIN. Será en todo fanfarron como lo es en el dinero.

D. MIG. Y si no, mañana espero darle una buena leccion.

D.^a LUP. Basta!...

D. MAU. }
D. GIN. } Al juego!

D. MIG. Bien decís.
(*Echando cartas.*)
Juego.

D.^a HIG. Ha sido mucha audacia...

D. MIG. No tal. A mi me ha hecho gracia el hombre del medio luis.—
Rey.—Un duro.

JUG. 4.^o (*Al de su lado.*) Ves? No falla.—
A mí.

D. MAU. Como siempre des la descargada...

D. MIG. Ahora el tres,
y redondeo la talla.
Juego.

D.^a LUP. (Me da cada brinco el corazon...)

JUG. 3.^o Mucho tarda!

D.^a LUP. Un cinco, ángel de la guarda!

D. MIG. El tres.

D.^a LUP. Ya; si iba yo al cinco!

D. MIG. Medio.

JUG. 2.^o A mí.

D. MIG. Peseta.

D.^a HIG. Mia.

D. MIG. (*Recogiendo las cartas y barajando.*)
Empezamos con buen pié.
Quién corta!

D. GIN. Yo cortaré.

JUG. 4.^o (*Meditando.*)
Rey contra dos... La judía!

D. MIG. Corta.

D. GIN. (*Pulsando la baraja.*)
(Si aparece un as,
no estará el otro distante.)

D. TOR. (Mucho te cleas, tunante!)

D.^a LUP. Otro cinco ó Barrabás!

JUG. 4.^o A la sota.

JUG. 2.^o Al cinco.

D. MIG. Juego.

D.^a POL. Mi peseta... No; iré al gallo.

D. MIG. Norabuena.—As y caballo.

D. GIN. Al as esa onza.

D. MIG. Juego?

D. GIN. Es mi carta favorita.

D. MAU. El caballo no es mi fuerte.
(*Poniendo un billete.*)
Juego al as: sigo tu suerte.
Tronemos en comandita.

D. MIG. (*Abriendo el billete.*)
Mil?

D. MAU. Quinientos nada mas.

D. MIG. Pues los pierde de seguro.

D.^a LUP. Al caballo medio duro.

D. MIG. (*En actitud de levantar la baraja.*
D. Torcuato le detiene.)
Juego.

D. TOR. Alto!—Copado al as.
(*Saca una cartera y la coloca junto al naipe.*)

D. MAU. Buena salida de tono!

D. MIG. Copado?

D. TOR. Pues ¡no que no!

D. GIN. (*En voz baja á D. Mauricio.*)
Este es mas griego que yo.

D. MIG. Pues si usted copa, yo abono.
(*Pone en la mesa el resto de su dinero, que consiste en un billete del Banco y algunas onzas.*)
(A quedar mondo y lirondo)

- D. TOR. quizá el orgullo me obliga.)
Permita usted que le diga
que no me basta ese fondo.
- D. MIG. Pues cuánto hay en la cartera!
- D. TOR. Tres mil duros.
(Abre la cartera y muestra los billetes á los circunstantes.)
- D. MAU. Qué capricho!
- D. MIG. (Zape!) Bien; lo dicho dicho.
(O soy ó no calavera.)
Mas acaso usted no me abra
crédito de tal cuantía
con la sola garantía
de mi nombre y mi palabra.
- D. TOR. Sí. No es usted caballero?
No lo son estos señores?
- D. MIG. (Si pierdo... Me dan sudores.)
- JUG. 3.º Tres mil duros! Ya es dinero!
- D. GIN. Pues señor, con esta fecha
me retiro. (Guarda su onza.)
- D. MAU. (Retirando el billete.)
Tambien sobro
yo. Aunque gane, ¿cuándo cobro
si copó el de la derecha?
(Aparte con D. Ginés.)
Qué culebron!
- D. GIN. Golpe en vago!
- D. TOR. Ponga usted á la contraria,
si gusta; la suerte es varia
y yo á todos cobro y pago.
- D. MAU. No hay prisa: jugaré luego.
- JUG. 4.º (Poniendo una moneda.)
Al caballo.
- D.ª POL. Por si peta,
dejo en el as mi peseta.)
- D. MIG. (Ea, pecho al agua!) Juego.
(Vuelve la baraja, muestra la carta que está
en puerta y la separa muy despacio de las
demás brujuleando la pinta.)
Rey en puerta camaradas.
- D. TOR. Ya tiembla el pulso?
- D. MIG. Eh! no tal.
(Pesa esta carta un quintal.)
- D. GIN. (Viendo la pinta.)
Espadas.
- D. MIG. (Acabando de descubrir la segunda
carta.)
El as de espadas!
(Con risa forzada.)
He tronado. (Oh cielo!) Abur!
(Se me pega la saliva.)
Retírense los de arriba:
no hay fondo para el albur.
(Retiran sus puestas los que habian
jugado al cinco y á la sota.)
- D. MIG. (A D. Torcuato.)
Liquidemos, y mañana...
- D. TOR. Sí.
- D. MIG. (Desbancarme este tio!)
- D. TOR. (Cobrando las puestas del caballo y
reuniéndolas al fondo.)
Lo de la contraria es mio.
(Dando su peseta á D.ª Policarpa.)
Esta peseta no gana.
- D.ª POL. (Ruin!)
- D.ª LUP. (Rústico!)
- D. TOR. (Contando el dinero y tomando apun-
tes en su cartera.)
En el tapete
hay: onzas,... diez: tres doblones:
seis... siete napoleones:
mil reales en un billete.
Sumemos....
- D. MIG. (Fatal revés!)
- D.ª POL. (Hombre cicatero y vill!)
- D. TOR. Total, reales cuatro mil
quinientos setenta y tres.—
Vea usted....
- D. MIG. Estoy conforme.
- D. TOR. Hasta tres mil duros....
- D. MIG. Bien.
- D. TOR. Que tengo aquí de reten,
hay un déficit enorme.
- D. MIG. Ya sé....
- D. TOR. (Le pongo en un brete.)
- D. MIG. No esperaré al alguacil....
- D. TOR. Son cincuenta y cinco mil
cuatrocientos veintisiete.
(Guarda el dinero y la cartera y se levanta.)
- D. MIG. (Levantándose y dándole otra tarjeta.)
Basta. Honre usted, le suplico,
mi casa mañana....
- D. TOR. Sí;
allí tendré el gusto....
- D. MIG. Allí
saldaremos ese pico.
- D. TOR. Adios.
- D. MIG. Adios.
(Vuelve á sentarse y se queda meditabundo.)
- D. TOR. (Sin camisa
se quedará y sin paredes
si el cielo...) Saludo á ustedes.
(Ahora, traslado á Felisa.)

Escena XI.

DICHOS, menos D. TORCUATO.

JUG. 2.º Que suerte de hombre!

D.ª LUP. Sí suerte!
Fullería, trapisonda.

Tiene una cara de cuco!...

D.^a POL. Yo digo que es un idiota.

D.^a LUP. Tres mil duros á una carta!
¡y cobrar á una señora
diez reales!

D.^a POL. ¡Y no doblar
mi peseta! Ese hombre copa!

D. MAU. Y desbanca.

D.^a HIG. Eh! vaya al diantre...
Quién talla? Esto es lo que importa.

(Un momento de silencio. Algunos jugadores se
levantan y otros se van al salon de baile.)

Nadie se anima?

D.^a LUP. (Tomando una baraja.) Si ustedes
apuntan con parsimonia
yo tallaré...

JUG. 2.^o Levantándose. Ya es muy tarde.

JUG. 3.^o Y despues de una derrota
tan atroz ¿quién es el guapo
que compromete su bolsa?

(Se levantan las señoras. Quedan sentados y
en conversacion. D. Miguel, D. Mauricio,
D. Ginés y otros dos jugadores. Otros tres
forman de pié un corrillo.)

D.^a HIG. Vamos pues al salon,
Policarpa. (Saludan y hablando
entre sí desaparecen por el foro.)

D.^a POL. ¡Media onza
peseta á peseta!... Higinia!
Si hoy no me dá una congoja...

D.^a LUP. (Yéndose tambien hácia el foro.)
(Qué sino, qué sino tengo!
Me desquitaría ahora;
lo sé de fijo; ¡y me dejan
corrida como una mona!)
(Al jugador 5.^o que viene del salon.)
Ha visto usted á mi chica?

JUG. 5.^o Sí; bailando está la polca
con Urrutia.
(Se incorpora á los del corrillo.)

D.^a LUP. (¡Ella bailando,
y yo bramando de cólera!
No, no; á casa! El arrapiezo!
la monuela! la mocosa!
(Se vá refunfuñando.)

(Se continuará.)

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL AMOR EN EL SIGLO XIX.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Sinués de Marco.

A MIS LECTORAS.

No acuseis de mi acento la amargura
Aquellas que dulzura
Y amor atesorais dentro del alma.

Pamela.

No me culpeis, si niego el amor puro
En ese centro inmenso
Que me han contado llaman *el gran mundo*;
Su umbral, nunca he pisado:
Jamás mi planta ha hollado
Ese asqueroso cenagal inmundo!

¡Jamás, jamás! que la nublada aurora
Veo lucir ahora
Del dia tormentoso de mi vida....
Pero ya he adivinado
Que en el mundo ¡malvado
Toda noble pasion, es maldecida!

Tambien soñé yo plácidos amores....
Mas fueron puras flores
Que murieron ¡ay Dios! aun no nacidas;
Y ya marchita el alma
Sumida en triste calma
Flores tan bellas, lamenté perdidas!

No me acuseis á mí, niñas hermosas:
No os riais desdefiosas
Al ver en lo que escribo, solo un cuento.
Si hay algo fabuloso
No todo es engañoso;
No todo es creacion del pensamiento.

Si acaso entre vosotras hay alguna
Que esté por la fortuna
Mecida, en ese mundo placentero
Con brillante destino,
Dígame, si adivino
Lo que pasa en su mundo lisongero.

Y si hay alguna dulce criatura
Imágen bella y pura
De mi infeliz y angélica María,
Que diga si concibe
La jóven que esto escribe
De una pasion tirana, la agonía!

Mas los que solo un cuento divertido

Grato y entretenido
En mi historia encontréis, sed indulgentes,
Y.... ¡ojalá que el contento
Halle siempre su asiento
En vuestros bellos ojos transparentes!

I.

LAS DOS AMIGAS.

Y en todos tiempos
Verás, hables ó escuches,
Que amor, es cuento.

J. A. Viedma.

En Madrid pasa la escena:
las dos de la tarde dió
el reloj del Buen Suceso,
y en un cuarto-tocador
de una magnífica casa
sita en la Puerta del Sol,
se vé una jóven hermosa
envuelta en un peinador.

Negros como sus cabellos
sus ojos rasgados son
y es de púrpura su boca
y trigüeño su color:
linda su mano, el pié breve,
en fin, un tipo español.

Mas pálida está: en sus ojos
no se nota el resplandor,
que debería esperarse
de una jóven que cumplió
apenas los cuatro lustros;
mas no lo estrañes, lector,
que los efectos de un baile
aquestos estragos son,
y á mas, se acostó á la aurora
y há poco se levantó.

Puesta de pié nuestra jóven,
delante del tocador
se atuzaba negligente
con el peine los bandós,
cuando en la puerta, otra jóven
tambien bella, apareció:
y es á la vez elegante:
lleva un vestido de gros
de volantes guarnecido
y de rosado color,
y un lindo y fresco sombrero,
de blanca paja de arroz.
Tiene el cabello dorado,
azules sus ojos son,
airoso y flexible el talle
y el conjunto seductor.

Volvióse la del espejo
y al instante entre las dos,
se entabló el siguiente diálogo
que á decirte voy, lector.

—Muy buenos días, Adela;

dijo la jóven que entraba
á la que allí se peinaba:
madrugas tras larga vela.

—¿Qué tal el baile, qué tal?
—Brillante en verdad, mi Luisa:
por tí preguntó Clarisa
la baronesa de Amal.

Y el conde de la Palmera,
y el marqués de los Zarzales,
y el baron de los Rosales,
y el duque de la Jorguera.

—¿Y Cárlos Velez Zafir?

—¡Con un aire tan turbado
y un rostro tan contristado!
No se le puede sufrir!

—Y tú siempre ingrata?—No:
pero no le puedo amar.

—¿Y al fin te vas á casar
con él?—Sí: ¿qué he de hacer yo?

¡Qué tontería!... yo soy
Luisa, despreocupada;
de amores estoy cercada
por mas que á casarme voy.

—Pero Adela, hablando claro
es necesario que adviertas,
que aunque mucho te diviertas
tambien lo pagarás caro.

Ese eterno fingimiento,
esas risas incesantes,
esas mentiras amantes,
cuestan tambien sufrimiento.

—Así, Luisa, debe ser:
mas perdona si no entiendo
tu language: no comprendo
ni siento ese padecer.

Es verdad que no he sabido
amar á un hombre constante,
porque para mí es bastante
adorar á mi vestido.

Yo soy bonita: en la aurora
aun me encuentro de mi vida,
y sé, mi Luisa querida,
que toda la que ama llora.

Alegre paso mis años,
mintiendo á todos amor,
y sin tener el temor
de lamentar desengaños.

Nunca ambicioné casarme,
vivo así, sin compromiso,
y soy.... decirlo es preciso,
incapaz de enamorarme.

—Haces mal, te lo aseguro:
tu primo con frenesí
te adora, y pagarle así
ese cariño tan puro;

Coquetear con todo el mundo
cuando él tan ciego te adora,
pagar falaz y traidora
su amor sincero y profundo,

Perdóname te lo diga,
no lo apruebo.—Calla, Luisa,
porque provocas mi risa
con tu moral enemiga.

¿Qué busca mi primo en mí?
Que soy bella y elegante,
y mi dote que es bastante
para que me adore así.

¿Qué busco yo en él? su coche,
sus trenes, y su opulencia;
ser marquesa, la esecelencia
y el teatro cada noche.

Yo tambien, amiga mia,
amé con ciega pasion:
mas mi pobre corazon
sufrió una amargaagonia.

Hoy, te lo aseguro, Luisa,
está seco, muerto ya....

¡No ames, que amor te dará
veneno en cada sonrisa!

¡No ames! con el alma inquieta
verás que eres engañada....

Serás, como yo, burlada....

Despues, como yo... ¡coqueta...!

Pero dejemos á un lado
el tema, que es aburrido,
y aconsejame el vestido
que he de llevar hoy al Prado.—

A su sempiterna risa
Adela entonces volvió,
y de la estancia salió
con la encantadora Luisa.

II.

EL PADRE Y LA HIJA.

.....
En ella su anciano padre,
De su amor, querida prenda,
Sus pesares, su alegría,
Sus ambiciones encierra.
Y tan unidas sus almas
tienen, Inés y Aguilera,
Que así como basta á un mundo
Claro un sol que le recrea,
Puédese decir, que un alma
No mas, sus cuerpos sustenta.
.....

Francisco Vila. El hombre propone,
y Dios dispone.

Es una helada mañana
de un frio dia de invierno,
y un cuadro lúgubre y tierno
vas, lector, á contemplar;

Figúrate allá en tu mente
una estancia reducida,
húmeda y ennegrecida
que el sol no llega á alumbrar.

Figúrate un pobre viejo
de bondadoso semblante
cuya mirada brillante
revela el paterno amor.

Y contemplándole ansiosa
una jóven contristada
que, aunque flaca, es estremada

FEBRERO.

su belleza y su candor.

—Vamos, enjuga ese llanto
que ya me aflige, hija mia,
el anciano la decia
cercano casi á llorar.

¿Tú le quieres? en buen hora;
mas oye, deseo verle;
que venga, y en conocerle
verás si le sé yo amar.

¿Qué es piptor dices? me alegro,
y ya creo que él te adora:
mi duda desgarradora
se ha huido ¡gracias á Dios!

Tan solo una alma de artista
sabrà apreciar tu belleza
como una inmensa riqueza:
dichosos sereis los dos!

No llores, pues, hija mia,
cándida flor de inocencia,
consuelo de mi existencia,
dulce iman de mi pasion.

Confiame los secretos
inocentes de tu alma
y recobrarás la calma
de tu puro corazon.

Yo que mi frente marchita
veo inclinar con tristura,
yo, que una horrible tortura
siento mi ser destruir;

Gozaré con tu relato,
y á los ecos armoniosos
de tu voz, mis temblorosos
labios, verás sonreir.

¿Cómo, dime, has conocido
á ese jóven que hoy adoras?
trabajando á todas horas,
¿cuándo le pudiste ver?

Porque tú nunca me dejas
¡oh dulce paloma mia!
y al peso de tu agonía
te miro desfallecer!

Solo en la iglesia vecina
pudiste, hija mia, verle:
tan solo allí conocerle....

—Sí, padre mio, es verdad.

Allí un dia y otro dia
le ví al Eterno rogando
mientras tambien implorando
estaba yo su piedad.

Luego mis pasos siguiendo....
¡Perdóname, padre mio!
¡Perdona! á tu amor confio
de un nuevo amor el afan!

No provoqué mi relato
de tus iras los enojos,

ó llanto amargo, mis ojos
á tus plantas verterán!

Hoy contarte mis pesares
deseo, padre querido:
desde que le vi he vivido
sin alegría ni paz;

Ni aun el pobre pajarillo
que me encontré en la ventana
aquella hermosa mañana
me causaba ya solaz.

¡Oh padre! estos dos amores
emblema son de mi historia!
Era el pájaro mi gloria
y Carlos era mi amor!

Pero la dulce avecilla
padecía con mi pena
y en una tarde serena
vi muerto á mi ruiñón!

Tú lo sabes: ya sin madre,
ni hermanos, no conocía
mas amor, ni otra alegría
que á mi pájaro y á tí:

A tí, que triste veías
correr mi sentido llanto
y al pájaro que su canto
amante, me daba aquí.

A veces mirando el cielo,
creía en la nube errante,
ver la figura radiante
de aquella á quien debí el ser;

Y despues que disipada
la nube en el viento via,
las lágrimas que vertía
vendian mi padecer.

Entonces.... yo le buscaba
para contarle mi duelo
y le prestaba consuelo
su imágen al corazón;

Y así, á la par que he crecido
flor olvidada y perdida,
creció tambien con mi vida
para Carlos mi pasión.

Hoy soy feliz.... tú me has dicho
le traiga á besar tu mano:
¡oh padre mío! no en vano
he confiado en tu amor!

Verás, verás cuan fervientes
ambos á dos te adoramos;
¡verás, verás cual pagamos
tu cariño bienhechor!

Há poco que enternecido
mi buen Carlos me decía:
«tú eres muy débil, María,
y ya tu padre anciano es:

Yo doblaré mi trabajo

y día y noche afanoso
conseguiré, ángel hermoso,
ventura para los tres.»

Deja que vaya á buscarle:
abrázame, padre mío,
y adios, adios: yo te fio
que pronto hemós de volver.

Salió la jóven: su padre
la contempló enternecido,
hasta que el largo vestido
miró desaparecer.

III.

EL AMOR DE UN DANDY.

—¡Marchita estás por Dios,»—dijo el viajero:

—¡Cumpliste tu destino!—

Y arrojándola á un lado del sendero
Prosiguió presuroso su camino.

*María Verdejo y Durán. Ecos del
corazón. El pasajero y la flor.*

Brama sordamente el viento;
es un domingo á las diez,
y sale inmenso gentío
de misa de San Ginés.

En la puerta de la iglesia
un caballero se vé
sufriendo serio é inmóvil
la agua que empieza á caer.

Tiene los hermosos ojos
cargados de languidez;
es de elevada estatura,
tiene aristócrata el pié,
negro y rizado el cabello,
morena y pálida tez.

Mira á todos los que salen
y sin duda que no vé
lo que busca, y se entretiene
el bigote en retorcer.

Por fin, hizo un movimiento,
y adelantando su pié,
acercóse á una figura
enlutada de mujer.

—Perdóname si he tardado,
dijo la jóven María:
Perdona, Carlos amado,
y ven, porque ya ha cesado,
por siempre nuestra agonía.

Ven, ven, que voy á llevarte
de mi buen padre á los brazos,
que su hijo quiere llamarte:
¡cuán feliz seré al mirarte
cautivo en tan dulces lazos!

Solo por eso he tardado....
de impaciencia me moría,
pero mi afán se ha calmado
al pensar en la alegría,

que iba á darte, dueño amado.

Mas ¿qué advierto en tu semblante?

Siguió la desventurada
hallando mudo á su amante:
sufres Carlos.... tu mirada
lo está diciendo bastante.

—¡Oh María! sufro, si:
el jóven la contestó:

Harta pena es para mí,
pero ya todo acabó....
voy á alejarme de ti.

—¿Qué has dicho, Carlos...? la hermosa
balbuciente preguntó
con espresion dolorosa,
y de sus labios de rosa
la risa fugaz huyó.

De azabache guarnecidos
sus grandes turquíes ojos,
y con llanto humedecidos,
de sus amores despojos,
clavó en él entristecidos.

Contemplóla el caballero:
nadie en la calle sombría
arrostraba el aguacero,
porque ya un ancho reguero
por la corriente subía.

—(Pues señor, acabaremos,)
dijo el cigarro tirando,
(porque presto llegaremos
á su casa: fingiremos
aun, que el fin se va acercando.)

Y volviendo á la doncella
su semblante compungido,

—¡María mía, mi estrella!
la dijo: ¡mi bien querido!
¡mi prenda adorada y bella!

De ti voy á separarme;
hoy tengo adios, que decirte.
¡María...! me hacen casarme,
tengo de tí que apartarme,
mas siempre que bendecirte.

—¿Sueño? interrumpió temblando
la jóven desventurada;

Dí, Carlos, estoy soñando?
¿O es que está tu voz zumbando
en mi cabeza abrasada?

—(¡Vive Dios, que me fatiga!)
Murmuró el señor marqués:

¿Qué quieres que yo te diga?
dijo en voz alta. ¿Que siga
viviendo esclavo á tus piés?

Aquel tiempo ya ha pasado,
María: nunca ofrecí

verme contigo casado....
mi rango es muy elevado,
¿por qué te afliges así?

—¿Con que tú me alucinaste?

El que yo pintor creía....

—¡Qué disparate, hija mía!
A un marqués enamoraste....
Envanécete, María.

Fué un capricho juvenil:
María, me olvidarás;

novios encontrarás mil
y presto te casarás
que eres hermosa y gentil.—

Llegaban al decir esto
á la puerta de la casa;
estaba el portal abierto,
y en un corredor desierto
brillaba la luz escasa.

—Basta...! en voz entrecortada
dijo la pobre María:
virtud tan acrisolada
del cielo será premiada
y no está lejano el día!—

Entró en su casa, y cerrando,
quedóse el amante quieto
la sucia puerta mirando:
después.... se alejó cantando
un aria de *Rigoletto*.

IV.

DOS JOVENES COMO HAY MUCHOS.

¿Quién ama con fé sincera
En el siglo diez y nueve?

*María Verdejo y Durán. «Ecos del
corazon.» En el album de su her-
mana Antonieta.*

Son las tres de la mañana,
y en un retrete adornado
con gran lujo, y tapizado
de damasco carmesi,
en dos butacas tendidos
dos jóvenes indolentes,
fumando están negligentes
en tanto que hablan así.

—En el lazo te cogieron,
dijo el uno: contratado
te veo, y en fin, casado
Carlos, mañana estarás:

Mas.... dime; una imagen triste,
¿no turbará tu alegría?
¿Estás cierto que á María
para siempre olvidarás?

El jóven interpelado
soltó una gran carcajada
que resonó prolongada
en la linda habitacion.

—¿Por quién me tomas, Alberto?
Preguntó al fin á su amigo;
si hace un año que te digo
que no tengo corazon.

Tuve yo la culpa acaso,
de que esa niña me amase?
¿La tuve de que enfermase
de un constipado, tal vez?

Porque hablando en plata, Alberto,

no creo yo que tú ignores
que no se muere de amores,
¡o eres un necio, pardiez!

Se muere, porque Dios quita
la salud que nos ha dado:
se muere... de un resfriado
como acabo de decir.

Mas ¿quién ama hasta ese extremo?
Nunca, Alberto, he conocido
carino tan decidido
ni creo pueda existir.

¡Casarme yo con María!
¡Con la hija de un retirado,
que general ó soldado
todo es igual para mí!
¡Ocurrencia peregrina
es llegar á imaginarse
tal locura! ¡pues casarse
es cosa así como así!

Si al yugo del matrimonio
humillo el altivo cuello,
es que un porvenir muy bello
en mi alianza columbré:

Es que un soberano dote
me trae Adela al contado:
ella me hará potentado,
y yo marquesa la haré.

—Vamos, al fin me convences;
tienes talento, esto es hecho;
mas á mi me llama el lecho;
que tu contrato nupcial

Me ha dado sueño y fastidio.
Que me llamen á las tres:
queda adios, y hasta despues,
¡oh venturoso mortal!

Quitóse Alberto la bata:
se hundió en el lecho mullido,
y muy pronto su ronquido
resonó en la habitacion.

En breve imitóle Carlos,
sin pensar en su María....
¡sin pensar que roto habia
su inocente corazon!

(Se concluirá.)

M.^a DEL PILAR SINUES DE MARCO.

REVISTA DE MADRID.

Capitulo sentimental.—*Capitulo de prosa.*—*Un salto hacia atrás.*—*Un poeta aristocrático.*—*Su casa.*—*Su sopa.*—*La Noche buena cortesana.*—*Mesa de las señoras de Sarabia.*—*Estrechos.*—*Su antigüedad.*—*Día de Reyes.*—*Chulos y gallegos.*—*Ceremonia del traje real.*—*S. Anton.*—*Como se celebra.*—*Una lágrima ante un re-*

uerdo.—*Muerte del decano de los actores, Don Antonio Guzman.*—*Su entierro.*—*Barruntos del Carnaval.*—*Salones de la aristocracia.*—*Las damas de honor y mérito.*—*Sus rifas.*—*Un muerto resucitado.*—*La Boulangere.*

Estamos en el año de gracia de 1857.

Yo os lo felicito, mis amables lectoras.

Y os deseo la felicidad mas completa.

La tranquilidad mas inalterable.

Las esperanzas mas halagüeñas.

A vosotras, bellas niñas: las de angelical sonrisa; las de frente pura, ojos de fuego y labios de carmin; las que en la aurora de la vida, solo veis ante vuestra vista un horizonte de vaporosas tintas, de límites indefinidos, imagen de vuestros ensueños; reflejo de vuestras ilusiones; las que os dormís soñando con un cielo, y despertáis hablando con los ángeles; las que en ese sublime santuario de la existencia, el alma, encerráis todos los tesoros de un paraíso; toda la gloria de la bienaventuranza; las que aun no habeis sentido estremecerse las alas de vuestro corazon al primer suspiro de un labio amante, á la embriagadora mirada de un hombre enamorado; las que melancólicas como las primeras alboradas de un día de primavera; purificadas como una gota de rocío, amorosas como un murmullo del aura, modestas como la flor del campo, fantásticas como un reflejo de la luna, cruzáis por los revueltos mares de la existencia, como ángeles de redencion buscando entre las encrespadas olas de las pasiones motivo donde dejar el bálsamo de una lágrima querida; instante donde depositar sobre el alma torturada los puros raudales de vuestro inmaculado corazon. A vosotras, pues, á vosotras que al pisar los umbrales de una nueva alborada habeis admirado ya todo el místico encanto de otra segunda vida que os espera y que en vuestra frente habeis sentido destellarse la blanca aureola de la juventud; que vuestro corazon ha latido con violencia al despertar en brazos de un *hoy* que ha abierto la inmensidad de lo que fué entre el pasado y el presente; á vosotras sí, á vosotras me dirijo, deseándoos en lo íntimo de mi alma que al dejar vuestra infancia, al entrar en la juventud ni una sombra de tristeza empañe vuestra frente: ni un recuerdo ingrato turbe vuestro corazon.

Y allá cuando vuestro espíritu revuelto en su estrecha cárcel material, tienda por fin sus omnipotentes alas, para trasportaros al encantado paraíso de los amores; cuando la suprema inteligencia rompa tambien sus diques, para cubrir de perfumadas flores los mágicos senderos de vuestra existencia; cuando mundos de eternas esperanzas y esperanzas de sublime lozanía, despierten en vuestro pensamiento el sopro vivificador de castas ilusiones, quiera el cielo que tranquilas y felices veáis deslizarse vuestros años como cristalinas fuentes al perderse por entre los floridos cauces de los campos.

Y tú, cielo de mis amores; tú que cual ninguna, llevas grabada sobre tu pura frente la in-

maculada aureola de las vírgenes: tú, que destellas por tus ojos el fuego sacrosanto de tu alma, y por tu boca las sublimes sonrisas de los ángeles: tú que apenas conoces mas horizontes que los que tu vista alcanza, ni mas mundos que los que tu espíritu crea: tú, que cruzando por mis ojos, como el vago fantasma de un sueño, como la fantástica aparición de un delirio, dejastes impregnada mi vida de melancólicos recuerdos y mi alma de sublimes inspiraciones; tú, en fin, á quien amo, recibe tambien la pura ofrenda de mi corazón, una vez que tambien nace para tí el sol de un nuevo día, en el año que sobre tu existencia empieza á deslizarse.

Y quiera Dios que en todo él ni un gemido arranque el dolor á tus labios, ni una lágrima la desesperación á tus ojos.

Y que el soplo de las pasiones no marchite de tu frente la aureola de las vírgenes, ni turbe de tu corazón el espiritualismo de la inocencia.

Y que la felicidad se albergue en tu existencia; como la gota de rocío en el pétalo de la flor.

Porque la flor que vive con el rocío, muere con la lluvia.

Y la fuente que murmura con las auras, desaparece con la tempestad.

Y el bosque que florece con la luna, se marchita con los abraçados reflejos del sol.

Como el corazón muere, en el torbellino de las pasiones.

Como la inocencia desaparece con el soplo del engaño.

Como la ilusión se marchita ante la imagen de la realidad.

Así pues, quiera el cielo, ángel mío, no haya dicha que no disfrutes, ni esperanza que no realices.

CAPÍTULO 1.º

Ya lo ves lector, quien quier que fueses, hombre ó mujer, viejo ó niño, tonto ó discreto, y á quien maldita la gracia que hace echarse al cuerpo doscientos renglones de frases academico-amoroso-bíblicas, que así las entiende ni mastica, como por los cerros de Ubeda; ya lo ves, repito, como considerando esas cosas tan de tomo y lomo he abierto capítulo aparte, para que si en ello encuentras placer y honesto recreo y pasatiempo, dejes las pláticas enamoradas á un lado y entres de sopetón á conocer las maravillas que en lo que va de mes y de año, han acontecido dentro de las murallas de la coronada villa.

Por lo pronto has de saber dos cosas:

Primera: que la corte continúa siendo cortijo.

Y segunda: que el cortijo nunca llegará á ser corte.

Y eso que tiene Puerta del Sol.

Y camino de hierro...

Pero la puerta y el camino, en polos opuestos, han llegado á tocarse.

Y pregunto.

¿En qué se parece la puerta del Sol al camino de hierro?

Y respondo:

En la velocidad.

La Puerta del Sol sigue en escombros: no se acaba nunca.

Calculad ahora qué velocidad será la del camino.

¡Qué poder el de las matemáticas!!

Por lo demás, la humanidad continúa en esta como en todas partes: empujándose mutuamente, á discreción y sin reparo.

Aunque es cierto que hay aquí una clase de humanidad, que asombra, paraliza y enmudece.

Esta la componen ciertos niños llamados *pollos*, y determinados viejos llamados *verdes*.

¡Qué descaro, qué audacia, qué estupidez la de los primeros!

¡Qué insolencia, qué cinismo, qué inmoralidad la de los segundos!

Es preciso verlos para creerlo.

Y aun así se duda á cada paso.

¡Qué tal será el negocio!

Sobre todo, los primeros. Ah! los primeros no tienen rival en todo Europa.

Por eso os prometemos un dibujo aparte.

Merecen que se les retrate.

Y lo haremos para la próxima revista.

Porque ahora nos espera ya el coche del tiempo á la puerta para hacer un viaje y una visita al año pasado.

Y es preciso aprovechar las circunstancias, ya que tan fácil y accesible se nos presenta la entrada.

Andando, pues.

Estamos en el día 24 de Diciembre del difunto año de 1856.

Día de Noche buena.

Aunque no tan buena para muchos como hubiera sido de desear.

Pero, bah! quédense las lágrimas por las risas, y sigamos adelante.

En Madrid de todo se hace caso: á todo se le da importancia.

Así, la noche de que hablamos, mas que por otra cosa, la tiene por la obligación de comer besugo y sopa de almendras, que así Dios nos proteja, como la tal sopa no tenga mas de agua de harina que de almendra, azúcar y leche de que es obligación condimentarla.

Y si no, básteos saber que se vende en los cafés y la sirven en vasos, ni más ni menos que si fuera agua de naranja ú horchata de chufas, por lo que podreis calcular lo que valdrá la tal sopa.

Pero es preciso tomarla, y así no hay mas remedio que apechugar con ella, y Dios sobre todo.

Es verdad que la decoración varia por completo, cuando en vez de un café ó una fonda, se va á saborearla á una casa particular; por ejemplo, á la del Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.

¡Qué sopa aquella tan apetitosa!

¡Y tan espléndida!

Lejos de su país el Sr. Marqués (le sorprendió de Ministro la revolución de 1854) día tras

dia, al desprenderse el sol tras las cimas de horizontes extranjeros, sombrías ideas brotaban de su frente dolorosos recuerdos de su alma: recuerdos que solo comprende, que alcanza solo, el que lejos del hogar doméstico, del cariño de una esposa, del encanto de la amistad, considera que acaso, aquellos postreros reflejos del sol poniente, al tiempo que á él, herirán la frente de los objetos queridos de su alma, las lágrimas de los que lloran su ausencia; y pocos saben, repetimos, lo horrible que son las lágrimas que caen solitarias sin una mano amiga que las haga menos estériles con el bálsamo del consuelo y la esperanza.

Y decimos esto, porque nosotros vimos algunos desahogos del ilustre poeta, dirigidos á otro no menos ilustre, donde á través de una unción evangélica, notábase el corazón del hombre, el sentimiento del caballero, heridos en sus mas profundas afecciones.

Así, pues, no parecerá extraño que el Sr. Marqués, después de tanta tribulación y desconsuelo, celebrase su regreso con la *célebre* sopa, *célebre* ya años atrás, y que por lo tanto reinase en ella toda esa apacible tranquilidad, toda esa encantadora confianza de seres separados largo tiempo por la desgracia y unidos por fin en el santuario de la felicidad doméstica.

Y así fué.

Reunidas las personas de mas confianza de la casa, casi todas ellas notables ya, bien por su posición política, bien por su nombre en las letras, y apenas el reloj marcó la hora de los misterios, las doce, cuando abierto el oratorio particular, una misa solemne fué el punto de partida de la sorpresa que el Sr. Marqués habia preparado á sus escogidos concurrentes.

Concluida la sagrada ceremonia, todos se dirigieron á la sala donde se tenia dispuesta la espléndida cena de la sopa.

Escusado es advertir como se amenizaron los postres, siendo la mayoría de los concurrentes distinguidos y célebres literatos.

Por lo demás, la Noche buena cortesana, en poco creemos se diferencia de la Noche buena de provincia.

Reunidos desde el anochecer gruesos pelotones de ambos sexos, recorren las calles con pandeteras y zambombas dando tan desaforados gritos, que en determinadas calles se hace mas que imposible cojer el sueño.

Dan las doce.

Las iglesias donde se celebra la *Misa de Gallo* se llenan de gente. Gente que una vez puesta en la calle se dirige, bien á cenar, bien á pasarla al raso, lo cual vuelve á dar á Madrid otra vez los aires de un desordenado campamento.

En las casas particulares, donde hay sociedad, se suele tambien *poner mesa*, como comúnmente se le llama.

Una de las mas elegantes de esta familiar costumbre casera, es la de las señoras de Sarabia.

Amenidad, buen gusto, elegancia, distincion,

todo lo reúne, todo lo abarca; bien es verdad, que la señorita de la casa tiene en ello su prurito, y por demás está añadir como saldrá todo de las manos de tan distinguida y simpática señorita.

Y ya que de costumbres caseras tratamos, no nos parece demás dar un pequeño salto y transportarnos al dia último del año.

Este dia no es de *cena*.

Sino de *estrechos*.

Sabido es cuan antigua y popular es esta costumbre de damas y galanes, en que mas de dos personas sudan brea y plomo derretido, apenas pronunciado su nombre escuchan el de alguna respetable antigüedad que les paga con dulces sonrisas, la dulce esperanza que abriga de que el mancebo llevará su galantería hasta remitirle algun dulce presente; original de la *dulce alianza*.

Y efectivamente, esto suele suceder así.

Aun cuando ya no es con la precision que antiguamente.

Porque antiguamente la *dáviva* se llevaba á punta de lanza.

Y véase hasta que extremo llegaban las cosas, que en tiempo de los trovadores provenzales se espidió un decreto de *las cortes de amor* de Avignon, multando en un beso á una dama por no haber abierto su ventana al amante que la cantaba sus años.

En Castilla tambien se conocia esta costumbre en la corte del rey poeta D. Juan II. continuando despues en la galante de Felipe IV, siendo en el Palacio del Buen Retiro donde se echaban los años, segun consta de varias coplas y romances caballerescos alusivos á la espresada costumbre.

Los regalos tampoco son exclusivos de España.

En Roma se conocieron, y en Francia están sumamente generalizados.

Otro dia tambien de *amenidad* en este bendito cortijo, es el de Reyes.

Cosa mas grotesca no se ha visto jamás.

Y los héroes de la fiesta son los gallegos.

Apenas ha anochecido, cuando algunos chulos y un sin número de granujas provistos de hachas de viento y cencerros, cargan á sus respectivas víctimas con una enorme escalera, de cuyos extremos pende una no menos enorme bota; y lanzados á la calle, arman, por las que pasan, tan espantoso ruido, que no parece sino que se han desencadenado todos los habitantes de los profundos abismos.

Y á dónde van?

A esperar los Reyes.

Y sin embargo, quien los espera á ellos es una espantosa turca, que comúnmente suelen dormirla en mitad de la calle.

Este dia hay capilla pública.

La Reina concurre á ella.

La solemnidad de la adoracion es grandiosa.

Concluida la cual, el traje completo que lleva la soberana, es mandado en un coche de respeto escoltado por alabarderos al descendiente de los condes de Rivadeo, hoy duque de Híjar.

Parece ser que antes de los Reyes Católicos en una batalla habida con los moros, el Conde de Rivadeo salvó la vida de su monarca dándole sus vestidos, de lo cual se le hizo la merced que hasta el día se le cumple religiosamente.

Sin embargo, los trages parece que no se guardan.

¡Qué lástima de antigüedades!

Pasemos ahora á otra fiesta de carácter completamente popular.

La del día de S. Anton.

Sita la capilla del Santo en el final de la calle de Hortaleza, los puestos ambulantes de rosquillas y tortitas estendidos en toda la carrera, indican desde muy de mañana la festividad del día.

Y efectivamente, desde las dos de la tarde en adelante, toma la calle tal aspecto de animacion y algazara, que fuera imposible definirlo.

Los balcones se pueblan de gente.

En las aceras no se puede ni respirar.

Y sin embargo, entre esta informe y ambulante masa humana se deslizan haciendo gala de su habilidad multitud de ginetes que espuela en risitre corren como almas que lleva el diablo, sin que apenas haya que lamentar jamás desgracia alguna.

Es costumbre además llevar todas las caballerías de tiro muy bien aparejadas, y enormes sacos de grano para que el sacerdote los bendiga.

Con el día se concluye la fiesta.

Vamos ahora á un asunto triste.

El decano de la escena española, el célebre Guzman, dejó de existir el 3 de Enero, á los 70 años de edad. Habia nacido el 10 de Diciembre de 1786.

Pocos días antes habia representado la célebre comedia de Moliere *El Enfermo de aprehension*, cuya fué la última que compuso y representó tambien el célebre actor-poeta francés.

Su cadáver fué conducido á la última morada, en medio de un gentío inmenso, entre quien figuraba todo lo mas notable que Madrid encierra en ciencias, literatura y artes.

Sobre el carro mortuario se veía el manto de la Orden de Carlos III de la que era caballero, y una corona de laurel con las insignias del decano.

Las cintas las llevaban cuatro jóvenes actores del teatro del Principe.

Llegados al cementrio, tomó la palabra el general San Miguel, siguiéndole despues los Senores Ossorio (D. Manuel), el primer actor del Teatro francés *Mr. Bazzine*, el Sr. Bautista Alonso y D. Cristino Martos.

Las músicas de los diferentes teatros fueron tributando tambien el postrer homenaje al anciano y distinguido actor.

Séale la tierra ligera.

Pocos años ha habido la mortandad que este.

Las pulmonías hacen estragos.

Ya se vé: el tiempo continúa inmejorable, no habiendo servido la lluvia que nos regaló el cielo para otra cosa que para rociar los campos y humedecer los paseos.

Veremos en lo que para.

Y ojalá que su mal paradero lo tenga despues del Carnaval, pues aunque aquí tiene poca importancia, no se dejan, sin embargo de pasar tres días deliciosos.

Todo el prurito consiste en disfrazarse de mujer.

Así lo hacen los alegres jóvenes de la nobleza y otros muchos que sin serlo disfrutan de un envidiable buen humor, luciendo los trajes mas ricos y estravagantes que se puede imaginar.

El gasto de bromas se hace en el Prado, asaltando á cada momento los mas aristocráticos carruajes, para contar á tal ó tal dama esta ó la otra aventura, que á veces no deja de tener su interesante vis cómica.

Los bailes de máscara han empezado ya.

En el Teatro Real se darán seis.

Y á propósito de bailes.

La condesa del Montijo tuvo que suspender el anunciado para los días de su hija la duquesa de Alba, por haberse indispuerto esta hermosa y aristocrática dama, la cual, si no estamos mal informados, continúa postrada en el lecho, aun cuando no parece tener su enfermedad viso alguno de cuidado.

Los Sres. de Osuna siguen tambien recibiendo.

Estos y los *soirés* del marqués de Miraflores, son los mas elegantes, amenos y distinguidos de la corte.

Tambien el duque de Rivas continúa dispensando el honor de asistir á sus reuniones familiares, á todo lo que Madrid encierra de mas notable en literatura.

Las recepciones de los ministros, no han tomado hasta ahora carácter alguno oficial.

Distinguese sin embargo, la de Narvaez por la circunstancia de concurrir señoras, siendo así que en las otras todo pertenece al sexo feo.

En ambas se habla solo.

En la de Nocedal, ministro de la gobernacion, se sirve un té sin lujo ninguno, disolviéndose á las doce la reunion.

Ni siquiera se vá de corbata blanca.

Y sin embargo, esta distinguida sociedad ha tenido la honra ya de ser recordada por la junta de damas de honor y mérito, de un modo que verdaderamente por lo ingenioso, merece anotarse. Viéndose bastante apuradas de recursos para continuar dispensando á los necesitados su caritativa proteccion, parece dirijieron una atenta indirecta á los ministros que reciben, para que entre los concurrentes se contribuyese con una cantidad cualquiera á la reunion de fondos suficientes para atender por de pronto á las mas perentorias necesidades.

Calcúlese bien, quién es capaz de negarse á la indirecta-femenina-contribucion.

Por lo demás, la rifa es otro medio pronto y eficaz para el objeto indicado.

Este año ha empezado tempranísimo.

Redúcese á lo siguiente:

En un espacioso salon bajo del Ministerio de Fomento se elevan en todo el rededor pequeñas tiendecitas servidas cada una por dos ó tres damas de la aristocracia que se relevan, y cuajadas

dichas tiendas de todos los objetos que las vendedoras han puesto y les han sido remitidos.

Cada día se rifa en todas un objeto, que segun su importancia cuesta de dos duros abajo el billete.

Esto, por supuesto, sin impedir que se compre lo que se quiera, lo cual, como es de suponer, vale diez veces mas de su coste; no por ser vendido por manos tan encantadoras, porque en ese caso no tienen precio; sino por el filantrópico objeto á que se destina.

Y admira y encanta ver á esas elevadas señoras ancianas las unas, jóvenes las otras, que dejando todas las comodidades que su posicion les permite disponer, se ofrecen gustosas á levantarse temprano y á pasar el dia vendiendo objetos y satisfaciendo la curiosidad de no pocos importunos, así como sirviendo en una pequeña tiendecita, dulces, licores y otros objetos, solo por poder enjugar las lágrimas de tanto desgraciado como la coronada encierra en su recinto.

Tambien los hombres, miembros de otra junta de Beneficencia, han discurrido su medio de hacerse con recursos.

Nombrado el jóven conde de Torre-Pándo para este objeto, parece que avistado con el simpático actor D. Julian Romea, para suplicarle una funcion destinada al citado objeto, este, con la finura y amabilidad que le caracteriza, y de acuerdo con sus distinguidos amigos, accedió desde luego á tan loables deseos, verificándose por lo tanto en uno de estos próximos dias, con la asistencia de las personas reales.

Como se ve, pues, aquí no se descuida el prodigar el bien, por cuantos medios son imaginables.

Se anuncian una multitud de casamientos; pero como este es el pan nuestro de los chismosos de café, nos abstenemos por ahora de darles importancia alguna, hasta tanto que no se hayan verificado.

Tampoco este año tiene traza de helarse el estanque del Buen Retiro.

Y por lo tanto, tampoco habrá patines.

Aun cuando ¡qué importan los patines del

agua, toda vez que en los salones se patina tan desafortadamente sobre el fuego?

Las sociedades que hay hoy dia, son infinitas.

Ahora han dado en la gracia de resucitar la célebre *Boulangère*. (Panadera, en castellano).

Cojidas de la mano todas las parejas, se empieza por dar dos ó tres vueltas, como si se jugase á la gallina ciega. Hecho esto, y sin parar, se ofrece el brazo derecho á la pareja, doblado de modo que la mano quede á la altura de la cabeza, y sin dar vuelta alguna, se presenta el izquierdo á la que sigue, alternando la cadena del citado modo.

Luego el que hace cabecera, dá una vuelta con el brazo lo mismo con su pareja, ofreciendo el izquierdo á la que tiene á su derecha, y de esta manera recorriendo todo el círculo, lo cual van reproduciendo todos despues.

Como es cosa pesada, hasta ahora no se han hecho mas que estas dos figuras, y aun así, pocas veces se concluyen.

Este baile se pone como por via de descanso, cuando ya se ha ocupado la primer mitad de la noche.

La *Bolanchera* ya se bailaba en tiempo de Luis XIV.

Nosotros recordamos haber oido cantar siendo todavia muy niños, la letra en francés, que por cierto no tiene mas gracia que el baile.

Empezaba así la primera estrofa.

La Boulangère a des écus qui ne lui
content guère (bis)

Elle en a, je les ai vus

J'ai vu la Boulangère, j'ai vu,

J'ai vu la Boulangère.

Sin embargo, si se inauguran mas figuras, prometemos la noticia adelantada á todas aquellas apreciables suscriptoras, que nos honran con su lectura.

S. DE MOBELLAN.

Solucion del geroglífico anterior.

Las palabras de los hombres en el dia de verdades están vacías.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica.

